

A Postales Antiguas de Madrid



TOMO II
Ayuntamiento de Madrid

II

POSTALES ANTIGUAS DE MADRID

Recuerdos de un Madrid Vivido



Ayuntamiento de Madrid
Concejalía de Cultura y Medio Ambiente
Museos Municipales

EDICIONES LA LIBRERÍA

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

SUMARIO

TOMO I

| | |
|--------------|----|
| PRESENTACIÓN | 9 |
| PRÓLOGO | 11 |
| INTRODUCCIÓN | 15 |
| POSTALES | 17 |

TOMO II

| | |
|----------|-----|
| POSTALES | 166 |
|----------|-----|

TOMO III

| | |
|----------|-----|
| POSTALES | 327 |
|----------|-----|

TOMO IV. APÉNDICE

| | |
|---|-----|
| PRESENTACIÓN | 5 |
| PRÓLOGO | 7 |
| CATÁLOGO DE TARJETAS POSTALES DE MADRID | 11 |
| Ficha Técnica | 12 |
| Introducción | 13 |
| Índice de imprentas y editores | 17 |
| Catálogo | 21 |
| Índice Temático | 133 |
| Bibliografía | 151 |

PLANOS

1. Plano de la ciudad de Madrid, con sus divisiones de barrios y calles.

2. Plano de la ciudad de Madrid, con sus divisiones de barrios y calles.

3. Plano de la ciudad de Madrid, con sus divisiones de barrios y calles.

4. Plano de la ciudad de Madrid, con sus divisiones de barrios y calles.

5. Plano de la ciudad de Madrid, con sus divisiones de barrios y calles.

6. Plano de la ciudad de Madrid, con sus divisiones de barrios y calles.

7. Plano de la ciudad de Madrid, con sus divisiones de barrios y calles.

8. Plano de la ciudad de Madrid, con sus divisiones de barrios y calles.

9. Plano de la ciudad de Madrid, con sus divisiones de barrios y calles.

10. Plano de la ciudad de Madrid, con sus divisiones de barrios y calles.

11. Plano de la ciudad de Madrid, con sus divisiones de barrios y calles.

12. Plano de la ciudad de Madrid, con sus divisiones de barrios y calles.

13. Plano de la ciudad de Madrid, con sus divisiones de barrios y calles.

14. Plano de la ciudad de Madrid, con sus divisiones de barrios y calles.

15. Plano de la ciudad de Madrid, con sus divisiones de barrios y calles.

16. Plano de la ciudad de Madrid, con sus divisiones de barrios y calles.

17. Plano de la ciudad de Madrid, con sus divisiones de barrios y calles.

18. Plano de la ciudad de Madrid, con sus divisiones de barrios y calles.

19. Plano de la ciudad de Madrid, con sus divisiones de barrios y calles.

20. Plano de la ciudad de Madrid, con sus divisiones de barrios y calles.

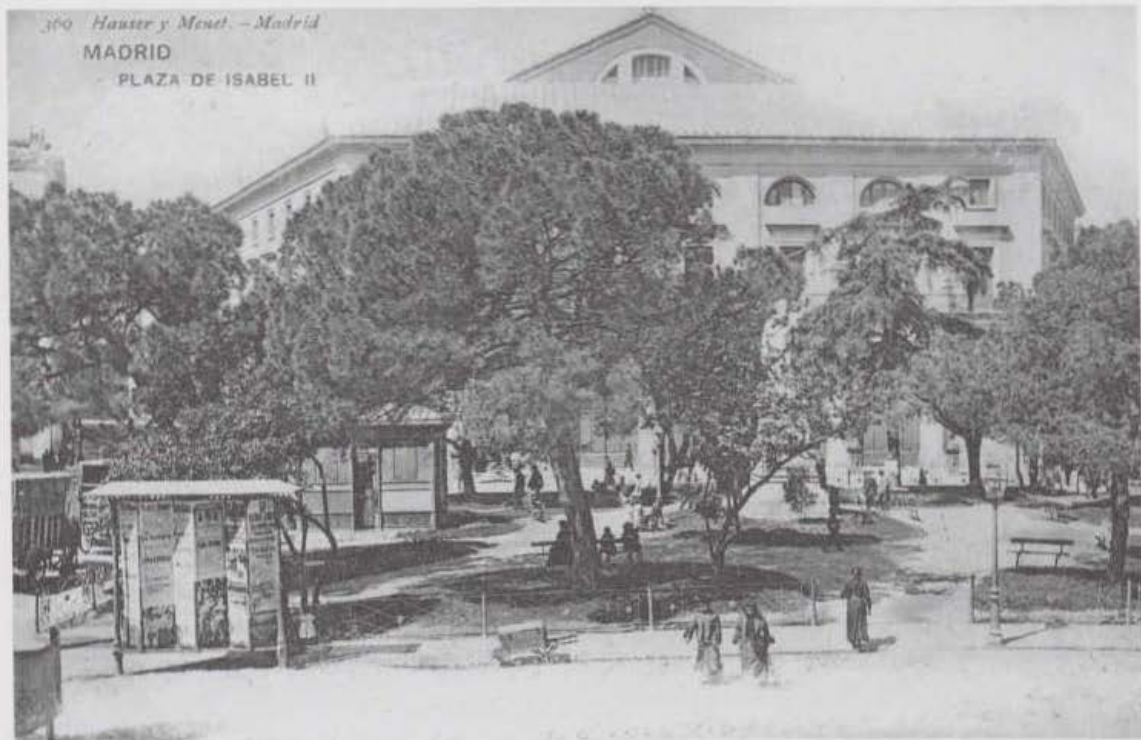
POSTALES



*S*i nos preguntábamos qué hacer por la noche, siempre aparecía oportunamente una anunciadora de carteles invitándonos al teatro. En el Eslava, alguna comedia picante, en el Novedades, algún *dramón* para el público más sensiblero y popular de la calle Toledo, en el Apolo, a elegir una buiena zarzuela, aunque, la mejor, como siempre, en la "cuarta". En el Teatro Español, María Guerrero había dispuesto que la sala se quedara a oscuras durante las representaciones, en la Comedia, un estreno de Benavente con la *hinchada* modernista apoyándole, con Valle-Inclán a la cabeza. En el Lara unas piezas interpretadas por la Valverde, Matilde Rodríguez, Rubio y Leocadia Alba, y... un interminable número de posibilidades, desde el romanticismo molo-dramático hasta las comedias costumbristas pasando por el sainete y la zarzuela.

Y después de la función y de los aplausos, aún nos quedaban ganas de acercarnos a un café a charlar de la obra mientras disfrutábamos de un buen chocolate con soco-nusco, unas tortas de Alcázar o unos bizcochos de soletilla.

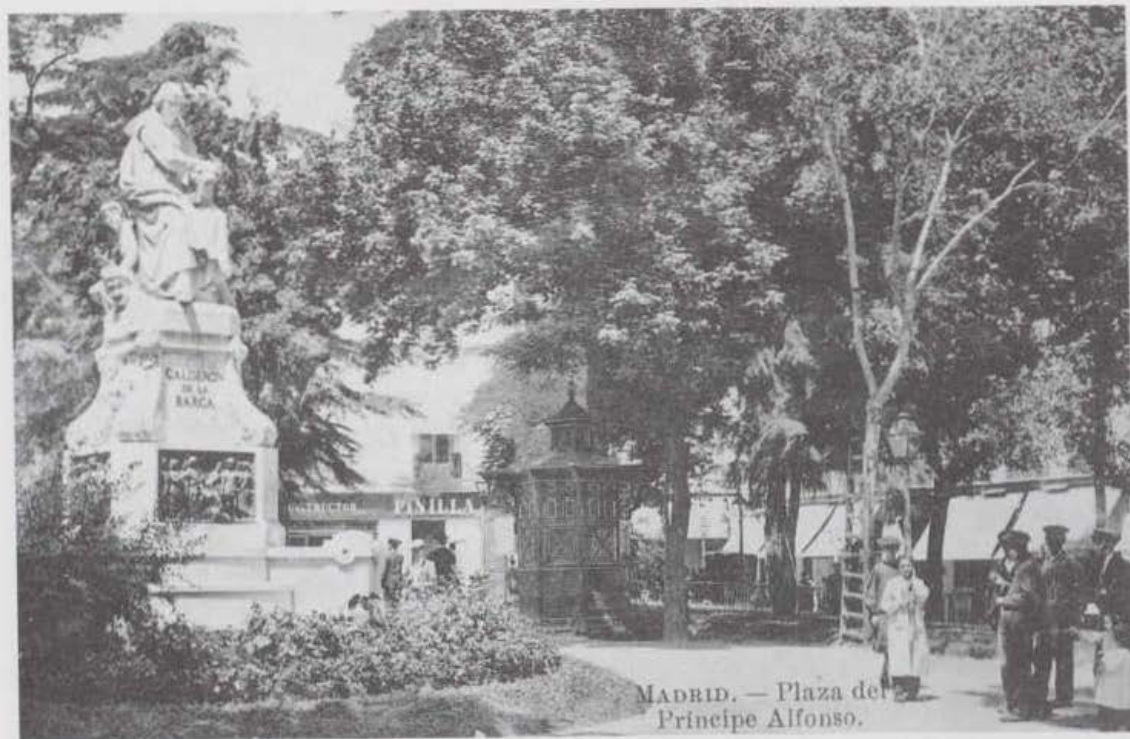
Todo esto preveíamos en la plaza de Isabel II, donde el teatro parecía revivir a la sombra del Real y de la alegoría de la Comedia.



Ayuntamiento de Madrid

*M*irando a Calderón de la Barca en lo alto de su pedestal es inevitable no evocar el pasado de este *barrio de Comediantes*. Se respiraba en esta esquina de la plaza, donde antes estuvo el corral de la Pacheca y hoy el Teatro Español, un aire literario y bohemio. Allí cerca, en la calle León, estuvo el Mentidero de Representantes, donde actores, autores y aficionados al teatro se reunían. La tradición subsistió, y con José Bonaparte, se derribó el convento de Santa Ana, que separaba el corral de la Cruz del de la Pacheca, por entonces, del Príncipe y acamparon a sus anchas por la plaza actores y empresarios, que zanjaban sus negocios en el próximo Café de Venecia.

Desde aquel tiempo no dejó de ser este lugar un rincón de reunión de profesionales y amantes del teatro, que tantos había por esos días. Se recordaba aún en Madrid cuando yo llegué las fiestas conmemorativas del segundo centenario de don Pedro Calderón de la Barca. Se instalaron a lo largo de la calle de Alcalá fuentes por las que brotaba vino de Arganda y no hubo madrileño, aficionados todos ese día, que no recordara al autor de tantas grandes comedias.



MADRID. — Plaza del
Príncipe Alfonso.

Ayuntamiento de Madrid

Imitando las maneras parisinas, aparecieron en la calle Alcalá ciertos locales no muy bien vistos por la mayor parte de la sociedad madrileña. Eran los salones de varietés. Yo no tengo nada en contra de las diversiones, pero puedo asegurar que eran todo un ejemplo del gusto decadente de algunos. El salón Actualidades, el salón Rouge o el salón Japonés, todos ellos en esta popular calle, competían con el salón Bleu que se encontraba en la calle de la Montera. Todos ellos exhibían en sus vestíbulos carteles y fotografías de las estrellas del espectáculo al lado de las infernales máquinas tragaperras en las que, casi siempre, se perdía la perra gorda aunque era posible ganar hasta una peseta, eso sí, en calderilla de cobre.

Más allá del vestíbulo, se podía escuchar a *La Fornarina* o a Pastora Imperio y se hicieron allí famosos cuplés como "*la pulga*", ese que coreaban los estudiantes a la salida, porque eran ellos los únicos que presumían de visitar estos salones, otros, entraban a escondidas, cuando las luces estaban bajas.



Ayuntamiento de Madrid

La calle de Alcalá en plena agitación. Parece normal siendo una calle donde los cafés se amontonan, las tiendas de lujo enseñan sus productos, las Calatravas se asoman como faro de moralidad y los teatros, mejor dicho, el teatro más conocido de Madrid, se despereza por la mañana después de trasnochar. El teatro Apolo era el culpable de que la calle Alcalá se viera invadida de gente hasta altas horas de la madrugada. Como funcionaba por secciones de una hora y cuarto desde las ocho y media de la noche, la sección cuarta, la más famosa, no comenzaba antes de la una menos cuarto.

La tercera sección se destinaba a los estrenos. Si eran bien acogidos por el público pasaban directamente a representarse a última hora, la sección de honor. Yo no perdía la ocasión de asistir a la "cuarta de Apolo", no sólo por la obra que se representaba sino, sobre todo, por el ambiente que se respiraba. Allí se juntaban estudiantes con aristócratas, comerciantes de los barrios bajos con políticos. Un público de todas las clases sociales situados, dependiendo del pecunio, en el patio de butacas o en los palcos.

A las dos menos cuarto, ponían los carteles, terminaba la función pero, como tradición española, nunca se cumplían los horarios. Ya pasadas las dos, se convertía la salida del teatro, iluminada con arcos voltaicos, en una turba de gente que se entremezclaba con vendedores ambulantes, floristas, billeteras de la lotería, etc. Coches de alquiler o de lujo llevaban a los más pudientes a tomar un chocolate o una buena cena. Y entre todos se confundía la agitación del día con el bullicio de la noche hasta que, hacia las tres, sonaba el reloj del Banco de España y las luces del Apolo se extinguían.



Ayuntamiento de Madrid

Entonces, era la lucha entre partidarios de la música alemana y los simpatizantes de la italiana, más conservadores. Entre un acto y otro señoras de talle estrecho, faldas largas, boas de pluma, manguitos, sombreros de ancha ala y extravagante adorno, y descotes enjoyados, discutían entre caballeros de pecheras blancas, cuidadas barbas y bigotes poblados. ¡Este *Sigfredo* no tiene nada que envidiarle a Aída! ¡Qué me dice señora, el italiano genial, cómo puede usted comparar! Y entre wagnerófilos y proitalianos, otros comentarios iban invadiendo los pasillos.

Después de los aplausos, la salida que, como un verdadero salón aristocrático, con sus alfombras y columnas, se llenaba de pequeños círculos de conocidos luciendo rasos y terciopelos, sedas y encajes. Las voces se entremezclaban y sólo bajaban el volumen, hasta quedar en unos leves cuchicheos, cuando se comentaba sobre el vecino. Y así, mientras esperaban que un ordenanza les avisara de que su carruaje se encontraba en la puerta del *foyer*, proseguían en su cháchara mundana. Finalmente el desfile iba acabando, la última dama, con sus gemelos y abanico, del brazo de su galán desaparecía de la escena para seguir la fiesta, tal vez en el Teatro Apolo.



Ayuntamiento de Madrid

Tsabel II, que bien quisiera estar haciendo compañía a los paseantes mañaneros, mira la Plaza desde su alto pedestal, dando la espalda al edificio del Teatro Real. Esto me recuerda un curioso día en el que el público también dio la espalda al Teatro o, mejor dicho, a la empresa encargada.

La primera década del siglo ya había acabado y el Teatro Real parecía estar en un mal momento. Se quejaban los asistentes y los periódicos de lo caro de los abonos, de la repetición de las obras, de la "claque" abusiva y de otras muchas cosas. Un buen día que cantaba Storchio en el Real y dirigía el maestro Marinuzzi, los abonados del segundo turno, aristócratas en su mayoría, decidieron llevar a cabo una protesta colectiva.

La familia real se hallaba en su palco y, a pesar de haber sido avisados por una comisión del proyecto, decidieron permanecer en él y no retirarse. Pasaron los dos primeros actos y, al comenzar el tercero, una serenata de silbatos metálicos interrumpió la función. Los enterados gritaban ¡Es contra la empresa! ¡Contra la empresa y contra la claque! A los que no se les había advertido se inquietaron ante la confusión pero, pasados los minutos convenidos, prosiguió la función con una gran ovación a los intérpretes, que se dieron por enterados de que la *silba* no iba con ellos.



MADRID - PLAZA DE ISABEL II

Ayuntamiento de Madrid

El teatro del empresario Berriatúa no nació con buen pie, allá por el año 2. Siguiendo la moda del gusto por la ópera española se inauguró el Teatro Lírico en uno de los barrios residenciales más elegantes de Madrid, próximo a Las Salesas.

Berriatúa, amigo de Chapí, mandó construir este lujoso edificio como Gran Teatro. Su vida fue muy corta y, no había alcanzado los veinte años desde su estreno cuando sufrió un terrible incendio que le hizo desaparecer en 1921.

601 MADRID.—Gran Teatro



Ayuntamiento de Madrid

"*¡. ¡Z* aya riñones tiene el niño!" —gritó un joven desde unas filas más atrás. Mi compañero se volvió con cara de pocos amigos, pero no le dijo nada y eso que ese torero era, según él, de lo más blando que había pasado por la plaza. Y es que mi amigo se definía como "frascuelista irreductible" y, tengo que reconocer, que no admiraba a nadie más.

Yo no entiendo mucho de toros y creo que siempre he apreciado más el espectáculo que el arte, pero me gustaba bajar por la calle Alcalá en el coche de punto que traqueteaba sobre el adoquinado. Y me gustaba ver a las familias que caminaban con cestas calle abajo, pues no éramos los taurinos los únicos que transitábamos por allí. Los días de fiesta, eran muchos los que se acercaban hasta los merenderos de Ventas, para pasar la tarde entre el humo de las parrillas y los gritos de los niños. La merienda dependía del presupuesto de cada uno; se podían comer las tradicionales chuletas, esas de origen animal, o las llamadas por los castizos "*chuletas de tierra*", nombre que, según decían, daba más prestancia a las patatas.



Ayuntamiento de Madrid

Fui una vez a la plaza a ver a don Tancredo, *el rey del valor*, como anunciaban los carteles. No tenía ni idea de lo que iba a pasar, pero, por el anuncio, me pareció que podía ser un espectáculo curioso.

En la plaza sólo había un pequeño pedestal pintado de blanco, lo que no me dio muchas pistas sobre lo que se avecinaba. Con el tendido lleno, salió don Tancredo todo vestido de blanco, con un sombrero estilo Napoleón también blanco y la cara empolvada. La gente reía y gritaba mientras el hombre se aproximaba al pedestal. Cuando se hubo colocado sobre él, cruzó los brazos e hizo una señal con la cabeza para que saliera el primer toro. El animal corrió furioso hacia él, que allí, a menos de medio metro del suelo, no movía ni un solo músculo, pero al llegar frente a lo que parecía una estatua, se dio media vuelta entre los aplausos del público.

En eso consistía el valor y el espectáculo de don Tancredo que dio mucho que hablar en los cafés. Incluso se puso de moda una cancioncilla:

“Don Tancredo, don Tancredo,
que en su vida tuvo miedo.
Don Tancredo es un barbián.
¡Hay que ver a don Tancredo,
subido en el pedestal!”



Ayuntamiento de Madrid

Allá por los años veinte, cambió radicalmente *la bajada a los toros*, pues se abrió el primer tramo de la línea dos del Metro madrileño, Sol-Ventas. Los aficionados agradecieron la novedad pues, en menos de diez minutos, llegaban desde la Puerta del Sol hasta la misma puerta de la plaza. Claro que seguían bajando la calle Alcalá automóviles con damas enmantonadas y grupos de peatones, pero nunca fue lo mismo.

Los primeros días, en el tendido, se hablaba más de los vagones del Metro que de los pases de Marcial Lalanda y, además, si querías saber de antemano cómo iba a ir la corrida o el estado de gracia de tal o cual torero tenías que bajar las dichas escaleras y apretujarte en el vagón.

Recuerdo a un amigo que, aún utilizando habitualmente el Metro, nunca lo cogía para ir a los toros y ya en el tendido, el día en que el público estaba frío —cosa que ocurría antes y después de la *Sol-Ventas*— se preguntaba: “¿Con qué alegría van a llegar a la plaza los que vienen de un agujero?”



Ayuntamiento de Madrid

Dos veces vi inaugurar esta plaza de toros. Decidieron construir la nueva plaza en una zona próxima al Abroñigal, pues la otra resultaba pequeña ya, en los años veinte. Hubo, como siempre, disputas sobre su emplazamiento que a nadie parecía agradar, allá lejos entre ventorros y casas miserables y pobres esparcidas por las Ventas del Espíritu Santo y tan cerca del cementerio. Sin embargo en 1931, con una corrida benéfica, se inauguró la plaza. Ocho ganaderías regalaron sus toros y los toreros, no fueron otros, que los más afamados de la época: Diego Mazquiarán *Fortuna*, Marcial Lalanda, Manuel Mejías *Bienvenida*, Nicanor Villalta, ...

Pero esta corrida fue sólo un pequeño adelanto ya que el entorno resultaba intranquilo e incómodo, y se cerraron sus puertas. Mientras, los amantes de los toros y su fiesta seguían yendo a la vieja plaza que no se derribó hasta el 34. Ese mismo año acudí, de nuevo, a la inauguración, esta vez, ya oficial y definitiva con Lalanda, Belmonte y *Cagancho* como reclamo.



Ayuntamiento de Madrid

Ya llevaban tiempo corriendo los tranvías eléctricos por la Puerta del Sol. Los automóviles no eran la novedad de antes y dejaron de circular el famoso landó de ruedas verdes de la Marquesa de Laguna o el milord amarillo de Medinaceli que recorrían la Puerta del Sol camino de San Jerónimo, hacia la cuatro calles, paseo de moda en aquel Madrid.

Pero los cambios no hicieron perder a la plaza su gracia y su bullicio. Allí acudíamos sin falta a conocer las últimas noticias en la Central de teléfonos o en los clubs al aire libre que se formaban junto a los urinarios, donde se agrandaban las noticias falsas y lo mismo te anunciaban una revolución que te pedían un cigarro.



Ayuntamiento de Madrid

En la puerta del Botánico que daba a la estatua de Murillo, el guarda esperaba sentado en una mecedora la llegada de visitantes.

Dentro me gustaba pasear entre esas estatuas que parecían transeúntes petrificados y ver los grandes árboles traídos de todo el mundo, sobre todo de América, en un momento me parecía estar en una selva, hasta podía sentir la humedad tropical. Alguna vez intenté aprender los nombres de los que más me llamaban la atención. Estaban ahí, escritos en cartelitos a ras de suelo, casi tenías que agacharte para verlos, pero entre esos nombres tan largos en latín y mi memoria, nunca lo conseguí.

En verano, el sol se colaba como podía entre los altos árboles dejando líneas de luz, en otoño se llenaba de tonos marrones y las hojas crujían bajo los pies de los paseantes. Recuerdo haberlo visto un invierno cubierto de nieve, y en primavera volvían los colores. Y así, cada año en el Botánico.



Ayuntamiento de Madrid

Caracoles y callos. Eso era lo que se comía en los merenderos de la ribera del Manzanares. No sé si mi estómago, tan maltratado durante años, lo aguantaría ahora.

Muchos domingos me escapaba de las obligaciones y de los amigos para bajar al río, a "El Arco iris", a "La Gloriosa", a "El Sol" o a "Los Cipreses" para comer mi plato de callos viendo nadar a los chavales y salir del agua morenos, porque había tanto barro que se teñían hasta las orejas.

Fue en la época en la que estaban de moda los baños y se hablaba de canalización e, incluso, de balnearios. Me temo que nadie lo creyó del todo, pero nos hacía ilusión pensar que nuestro río sería alguna vez grande y que correría agua suficiente para que los mayores también pudiéramos darnos un chapuzón.

COLECCIÓN "BAENA" SERIE C-1.



N.º 8 - MADRID - "En el Manzanares"

FOT. LAURENT. MARRIN

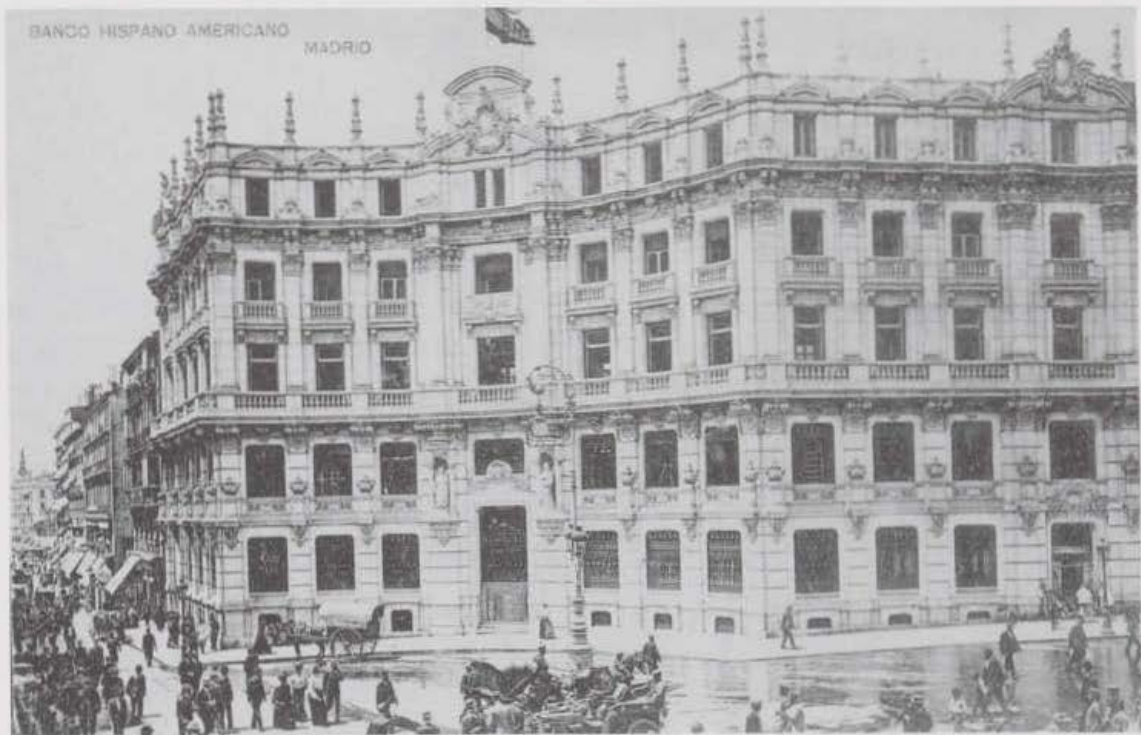
Manana 20 salgo
para Madrid. Voy
19 Febm. 03. Chulio

Aunque la calle parecía seguir llena de vida, poco a poco fueron perdiendo los edificios de Alcalá y Sevilla a sus habituales. Se fueron junto a sus tertulias de Café y "El Suizo" o "La Nueva España" se convirtieron en bancos.

Pero aquí cerca, en la Carrera de San Jerónimo, quedó uno de los restaurantes más agradables y selectos de Madrid: Lhardy. En su famoso *Salón japonés* se podía seguir disfrutando de la degustación de sus excelentes menús, dignos del mejor restaurante europeo.

Se reunía allí lo más distinguido de la política, de los negocios y de la vida intelectual madrileña, para cenar unas ostras de Marennes "doble cero", un "consommé", una langosta "a la americana" o los mejores "val-au-vent" que he probado en mi vida, maravillosos hojaldres rellenos de faisán, liebre, codorniz o corzo oloroso. Se podía acompañar la cena de un *burdeos* o un *borgoña* de calidad, pues su bodega estaba a tono con la cocina.

Muchos años después, alguien me comentó que Lhardy seguía en su línea. Me alegró que hubiera sobrevivido a través de los años, pues siempre seguiré considerándolo de mi tiempo.



Ayuntamiento de Madrid

Fue el Ritz el primer gran hotel de Madrid. Se levantó en 1908 junto al Museo del Prado, el lugar más visitado por los turistas. Pero no eran éstos los únicos que pasaban por el hotel, pues había también madrileños que acudían allí habitualmente, aunque sólo para merendar.

Por cinco pesetas, se tenía derecho al baile y una consumición que consistía en café, chocolate o helado, o té completo, compuesto de sandwich, plumcake, tostadas, mantequilla, mermelada, pasteles, tarta y buñuelos de viento, todo ello sin límite. También se podía asistir a la cena, aunque el precio subía bastante.

El día de moda del Ritz era el lunes por la noche y allí acudían las jovencitas y los jovencitos de la alta sociedad a *hacer relaciones*.

Luego, empezaron las grandes fiestas y celebraciones. A alguien se le ocurrió que era más elegante celebrar bodas u otros acontecimientos en un gran hotel mejor que en las casas particulares, y así empezaron a llenarse las tardes del Ritz.



Ayuntamiento de Madrid

Qué famosos se hicieron los bailes de máscaras del Círculo de Bellas Artes!. Primero en el Real, luego en su edificio de la calle de Alcalá. Delante paraban los coches y salían sus ocupantes con esos vestidos lujosos, llenos de la fantasía que la etiqueta no les permitía el resto del año, pero sin perder la elegancia.

Yo fui a alguna de esas fiestas siendo ya madurito y reconozco que, a pesar de la música, las luces y los colores, me quedaría con mis primeros años, en la puerta, viendo llegar los coches.

Fue en una de esas noches de máscaras donde me contaron la leyenda de *la dama de la rosa blanca*:

Parece ser que, en el siglo pasado, un extranjero que vivía en Madrid acudió a un baile de carnaval. Allí se acercó a él una dama vestida de negro, con guantes blancos y una rosa del mismo color en la mano. ...! intentaba imaginar quien se escondía bajo la máscara, un juego muy normal en estas fiestas, pero ella no se decidía a revelar su identidad y callaba. Horas después, le habló al oído y todos les vieron salir.

Días más tarde, el caballero contó que acompañó a la mujer hasta la iglesia de San José, que cada vez se sentía más inquieto y notaba más fría la mano blanca sobre su brazo y que, por fin, al entrar en la iglesia, ella le soltó y corrió hacia la penumbra del altar. Él, cuando consiguió acostumar sus ojos a la luz de las velas, avanzó y vió un catafalco al final de la nave central, se acercó aterrado y, en su interior, descubrió a la dama, ya sin máscara y con la cara tan pálida como la rosa que seguía entre sus manos.

MADRID. CÍRCULO DE BELLAS ARTES.



Ayuntamiento de Madrid

*D*ías después de la inauguración del nuevo edificio sede del Casino de Madrid, un buen amigo mío, me invitó al local. Habíamos salido del Apolo de ver El trust de los Tenorios y, mientras caminábamos por la calle de Alcalá disfrutando de la noche, no dejaba de pensar que se me abrían las puertas de uno de los salones de la más selecta aristocracia social. Su apariencia elegante exterior no permitía imaginar, ni siquiera, la maravilla que me encontré.

A pesar de la hora, aún pudimos tomar una cena especial que se servía solo a partir de las once por dos pesetas y cincuenta y jugar una partidita de billar. En los salones había gran animación y por todos lados corrillos de señores discutían sobre los temas más insospechados. Literatura, enredos, política y amoríos llenaban las charlas que parecían tener como única prerrogativa ingenio y agudeza.

N.º 4. MADRID
CASINO DE MADRID



Ayuntamiento de Madrid

Cuando los automóviles que circulaban por Madrid se podían contar con los dedos de las manos, empezó a correr la noticia. En los diarios, en los cafés y en la calle se hablaba de un nuevo deporte. Se llamaba fútbol y contaban más los pies que las manos.

Fue en un solar cercano a la antigua avenida de la Plaza de Toros, donde empezaron a reunirse cerca de una treintena de señores, vestidos –según la prensa– en ropas menores, para jugar a este deporte importado de Inglaterra. Entonces escandalizó, y mucho, no sólo por la desverguenza de la indumentaria, sino también por sus extrañas reglas. Pero pronto contó con bastantes seguidores, se formaron clubes y, en fin... hasta ahora.

MADRID. - Avenida de la Plaza de Toros.



Ayuntamiento de Madrid

Como siempre me había gustado el campo, el deporte y las excursiones hubo un tiempo en que formé parte del Club Alpino. Óbamos todos los domingos de invierno a pasar el día a Navacerrada a disfrutar del aire sano de la sierra. Salíamos muy de mañana desde la Estación del Norte hasta Cercedilla y, de allí, alquilábamos caballerías para subir hasta el chalet del Club Alpino. Las excursiones, esquís y tobogán nos entretenían todo el día. Una vez hubo una nevada impresionante que colapsó la carretera, sin embargo, esto no fue obstáculo para seguir nuestro camino, que la mayoría emprendimos a pie con los esquís al hombro. A medida que subíamos la ventisca arreciaba y cuando llegamos al chalet muy pocos quisieron alejarse de la lumbre. El termómetro del Observatorio Meteorológico que había allí marcaba once grados bajo cero. El regreso, en vez de hacerlo por el atajo, lo hicimos siguiendo la carretera que, a pesar de ser más largo, resultaba más seguro. El tren nos devolvió a Madrid algo más calentito. Tal vez el domingo próximo tuviéramos más suerte.

MADRID. — Estación del Norte.



¿Cómo cambió el cinematógrafo las costumbres de la ciudad!. Ya teníamos otra cosa que hacer, algo nuevo que no se parecía en nada a lo que habíamos visto hasta entonces. Y, cuando empezaron a llegar buenas películas, la de tardes que pasaba yo en el Palacio de la Prensa, aún boquiabierto a pesar de los años, mirando la pantalla.

La primera vez que se presentó en Madrid el cinematógrafo fue un día de San Isidro, en 1896. En la Carrera de San Jerónimo, esquina a Ventura de la Vega estaba el hotel Rusia. Allí, en el salón de la planta baja, que habitualmente albergaba otros espectáculos, se empapelaron de negro las paredes, dejando una pantalla blanca. Así, los asistentes, pudieron ver ese nuevo invento cuyo nombre tardó poco en acortarse: *el cine*, y desde aquel día se ofrecieron sesiones diarias.

Luego se empezó a proyectar en otras salas, como el Salón de Actualidad, en la calle Alcalá o en barracones instalados frente al Museo del Prado o en la calle Fuencarral. Eran interesantes estos últimos por el explicador que descubría y comentaba lo que se veía. El cine estaba al alcance de todos pues, por ejemplo, el Salón Heraldo, en la calle Sevilla costaba 25 céntimos.



Ayuntamiento de Madrid

Aunque aún sin la trascendencia política y social que alcanzó en los años veinte, ya se celebraba antes en Madrid el *primero de mayo*. La Agrupación Socialista y la Casa del Pueblo pedían a todos los trabajadores, afiliados o no, que no acudieran ese día a sus puestos de trabajo. Muchos seguían el consejo, aunque no todos, pues, por ejemplo los de los servicios públicos, aunque quisieran, no podían faltar.

Se celebraba una manifestación que arrancaba de esta glorieta de Neptuno sobre el mediodía y llegaba hasta el edificio de la Presidencia del Consejo, ante el que desfilaron las organizaciones sindicales divididas por *gremios*, cada uno con sus pendones y su bandera. Pablo Iglesias, acompañado de Largo Caballero, se adelantaba y leía ante el jefe del gobierno sus pliegos de conclusiones, especificando las mejoras que la clase obrera reclamaba. Terminada su intervención, tomaba la palabra el representante del gobierno dirigiendo a los concentrados palabras de aliento y asegurando que el gobierno seguiría trabajando.

Luego, el *abuelo*, como algunos llamaban a Pablo Iglesias, hablaba a los manifestantes durante unos minutos y, al final, les pedía que se dispersaran con tranquilidad y lo más rápido posible, para evitar algún disturbio que sirviera de excusa al gobierno para prohibir esta celebración.

MADRID

PLAZA DE NEPTUNO Y MUSEO DEL PRADO

AYUNTAMIENTO DE MADRID



Ayuntamiento de Madrid

La tarde del primero de mayo me gustaba coger el tranvía hasta la Puerta de Hierro por ver el ambiente festivo que había por allí. Casi todos los trabajadores tenían, al menos, la tarde libre y aprovechaban para organizar jiras y meriendas en las afueras de Madrid. Así, la pradera de Amanuel, la Dehesa de la Villa o la Puerta de Hierro se llenaban de familias enteras que, sentadas en el suelo, compartían enormes paellas recién preparadas, chuletas de cerdo adobadas y ensaladas bien *cargadas* de tomate, atún, huevo, etc. Se comía, se bebía y se charlaba con los compañeros que, el resto de los días, sólo veían a las horas de trabajo.

Después de *matar el hambre* comenzaba la verdadera juerga. Cantos, juegos, música para el baile y mucho vino. Con unas cuantas botellas vacías, ya se oía más de un "Viva la República" o "Viva Carlos Marx y la Revolución Social", y continuaba la fiesta hasta que la luz lo permitía. Al final, un "*hasta el año que viene*", pues, al día siguiente, sólo compartirían el trabajo.

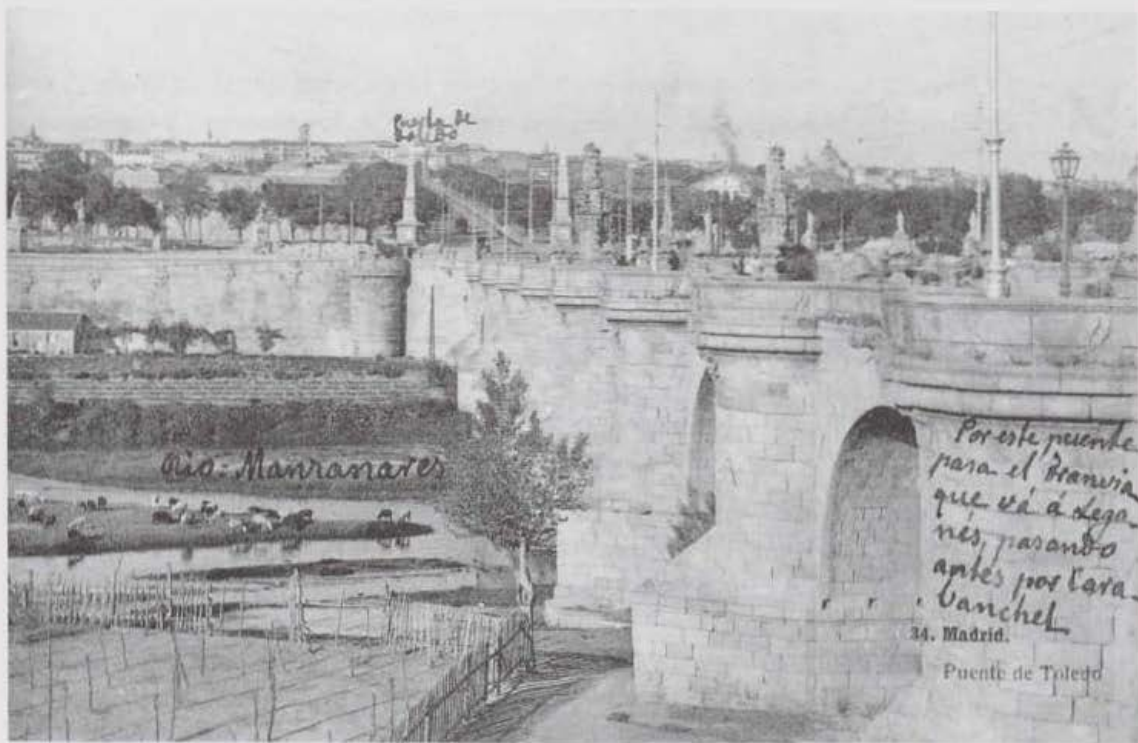


Ayuntamiento de Madrid

Como cambiaba de aspecto el puente de Toledo para San Isidro!. Medio Madrid lo cruzaba para acercarse a la ermita del Santo. Los alrededores eran una fiesta desde el día anterior, las casas se veían iluminadas detrás de las ventanas hasta bien entrada la noche, las mozas con los últimos detalles de sus trajes, los romeros llenando ya las botas que harían más corto —y más alegre— el trayecto.

Los paradores y mesones de la calle de Toledo estaban estos días a rebosar. En el “Maragatos” o en el “Galgos” no cabía un alma. No se permitía un sólo segundo de descanso, ni siquiera mientras se preparaban las cestas de comida, repletas de tortillas, pollos asados, morcillas y chorizos que habían viajado desde el pueblo con los famosos isidros más protagonistas de la fiesta que nadie, pues, al fin y al cabo, San Isidro era labrador, como ellos, y a él le rezaban cuando no llovía sobre sus huertas.

Pero no eran los que dependían directamente de las bendiciones del Santo, los únicos que bajaban a la Pradera, todos nos acercábamos ese día por el camino bajo de San Isidro, entre tiendas de comestibles, carne de cerdo, salchichas y chuletas, hacia la Ermita a echar un trago de agua de la fuente que nos mantuviera sanos un año para poder volver a nuestra romería.



Ayuntamiento de Madrid

El camino a la ermita estaba siempre lleno de tenderetes: pitos de cristal, cerámicas, etc. En la pradera abundaban los merenderos, los tío-vivos y las barracas de los fenómenos.

Había gente que se instalaba ante la ermita la noche de la víspera del día del Santo, aunque entonces solían beber vino en vez de agua milagrosa de la fuente que hizo brotar el labrador

“...pues San Isidro asegura
que si con fe la bebieras,
y calentura tuvieras,
volverás sin calentura”

Los más devotos visitaban la Catedral, San Andrés o la capillita del Almendro donde, según la tradición guardaba los bueyes San Isidro, pero la mayoría se lo saltaba para ir directamente a la pradera.

Las mujeres con mantones se acercaban por los dos puentes, más el pontón que se utilizaba ese día con pago de portazgo.

La gente fina iba en sus coches, daban una vuelta, compraban algunas chucherías y se marchaban; los castizos se tumbaban en la pradera y almorzaban, cenaban e incluso, acampaban. Muchas veces la romería se alargaba, y si la suerte acompañaba, se empalmaba con la de San Antonio.



Ayuntamiento de Madrid

Hasta los húngaros venían a la Pradera con los monos y un oso bastante desmejorado que, atado del cuello por una sogá, bailaba al ritmo de los estacazos de su dueño.

Al lado, un cartel con dos viñetas anunciaba las rosquillas de la tía Javiera, las auténticas rosquillas. También se podían comprar avellanas o torraos y churros, si es que el humo que soltaban las calderas permitía acercarse hasta el puesto.

El que no iba comido corría a la tienda de vino de Acal donde se servían callos y gallinejas y, una vez saciados, no venía mal una vuelta por las barracas. Se encontraban allí auténticos fenómenos de la naturaleza: “¡Acérquense, señores, y contemplan a la mujer barbuda!” –gritaban a la entrada de una, exhibiendo certificados médicos de “autenticidad”. “¡El hombre con escamas, lo nunca visto en Madrid!” –vociferaban un poco más allá, esta vez sin certificados.

La fiesta y el espectáculo se unían en la Pradera de San Isidro y pasábamos allí las horas, ya sin acordarnos mucho del Santo, hasta que el cuerpo aguantara.



Ayuntamiento de Madrid

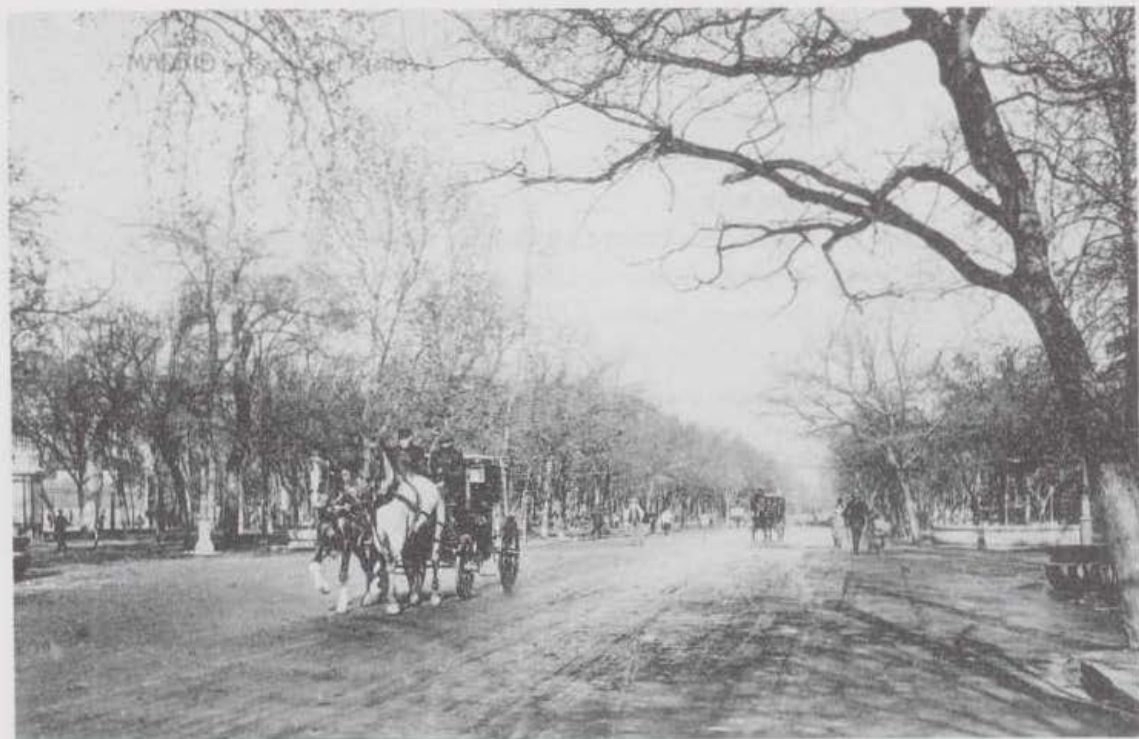
La noche de San Juan es una noche embrujada. En Madrid se celebraba la verbena junto a la de San Pedro, en el Paseo del Prado. Creo que antes, hace años, era costumbre esperar las 12 de la noche frente al reloj de Gobernación y, al dar éste la hora, meter la cabeza en la fuente. En mi época vi a más de un grupo de jueguistas tirar a un pilón del Prado al menos avisado de sus amigos, aunque, al final, todos se "solidarizaban" y se tiraban voluntariamente a hacer compañía a su amigo.

El Paseo se llenaba de tenderetes, columpios, caballitos, olas giratorias, barracas de fenómenos, fotografías "al minuto", en fin, lo mismo que todas las verbenas.

Se veían claveles y nardos recién cogiditos y los tenderos ofrecían "peritas de San Juan", azufaifas y madroños. Nadie dejaba de dar un paseito por el Prado, aunque sólo fuera por ver el casi siempre oscuro paseo iluminado y, ya que estaban allí, unos vasitos de sangría, de agua de "cebá" o de horchata de chufas que traían valencianas que se acercaban en verano hasta Madrid para hacer negocio.

Más restringida, aunque sin perder su carácter popular, era la "kermes", a beneficio de la Casa de Socorro del distrito, que se instalaba en los solares de Medinaceli.

Era la más lucida y aristocrática de Madrid y no faltaban habaneras y chotis que bailaban juntos aristócratas, estudiantes y modistillas.



Ayuntamiento de Madrid

"*A* San Antonio
como es un santo
casamentero, ..."

Estaba en boca de todos la famosa cancioncilla de la zarzuela el día 13 de junio cuando cruzábamos el puente de Reina Victoria para llegar a la Ermita.

Allí las mujeres guardaban cola con sus alfileres en la mano hasta llegar a la pila del agua bendita. Las que volvían habiendo cumplido la tradición, sonreían mirando a los mozos y, seguramente, pensando cual sería el primero, pues siempre se clavaba más de un alfiler.

Luego, se hacían corros y comentaban entre risas la suerte de cada una y algunas, las más atrevidas, cantaban a coro otro trocico de zarzuela:

"San Antonio bendito,
¡ay, San Antonio,
aunque sea de trapo,
danos un novio!
¡Anda Antoñito,
mira que ya hace tiempo,
lo necesito!"

623 MADRID.—Puente de la Reina Victoria



Ayuntamiento de Madrid

Entonces, en Madrid, no llegaba el verano hasta el día en el que los madrileños salían a la calle con su mejor traje, del brazo de una mujer envuelta en un pesado pañolón de Manila y subían a un coche de punto diciendo al cochero:

¡Arrea, a la verbena!

Así, en el alquilón, siempre descubierto, tomaban el camino hacia San Antonio de la Florida.

La noche de junio se iluminaba desde la estación del Norte y, bajo los árboles —acacias, castaños y álamos—, se paseaba entre dos filas de puestos de buñuelos, cacahuètes, mojama, botijos, tastos de claveles o geranios y mil cosas más.

Después de llenar el estómago, unas vueltas en ese tío-vivo tirado por un caballo viejo con los ojos vendados y a probar suerte en los puesto de tiro al monigote que, curiosamente, siempre se parecía al político más criticado del momento.

El recorrido terminaba en la plazoleta de la ermita bailando un chotis al ritmo del organillo.



Ayuntamiento de Madrid

Las cervecerías de la glorieta de Bilbao se adornaban con luces y farolillos japoneses durante las fiestas del Carmen. Una comparsa de "gigantes y cabezudos" recorría desde por la mañana las calles del barrio. Los *gigantes* conducidos por tres hombres, llegaban con sus cabezas hasta el primer piso, los niños les perseguían tirándoles de las mangas y ellos intentaban mantenerse muy tiesos para no perder el equilibrio. Los *cabezudos* eran más ágiles porque sólo les cubría la cabeza de cartón y llevaban en la mano una vara para defenderse de los chiquillos.

Un poco más allá, los vendedores de mojama y cangrejos voceaban al paso de la gente, algunos paraban, otros, seguían hasta las bocacalles, a las tabernas que sacaban a la acera mesas y banquetas donde la gente bebía y comía.

La noche se alargaba para todos, al menos hasta los fuegos artificiales que iluminaban los balcones llenos de los que preferían ver desde un buen sitio los castillos fantásticos de luces de colores o los buques de guerra que se respondían unos a otros, como si de un bombardeo de luces se tratara.

Cuando terminaba, los menos trasnochadores regresaban a sus casas y los demás buscaban otro bar al que ir entre el humo y el olor a pólvora.



Ayuntamiento de Madrid

Cuando llegaba el 15 de agosto, cambiaba de color la Puerta de Toledo. Se acercaban desde todos los barrios hacia la recién estrenada iglesia de San Pedro el Real y, alguno, ya venía por el camino cantando:

“Por ser la Virgen de la Paloma,
un mantón de la China-na,
China-na...”

Y era verdad que se vestía Madrid con sus mejores galas. Los mantones *alfombraos* caían con gracia en los hombros de las chulapas que subían la calle del brazo de un *gachó* con la gorrilla *ladeá*, como mandan los cánones.

Todos iban, en primer lugar, a ver sacar a la Virgen, la más piropeada del foro y, por la noche, la verbena. Una verbena como todas las de aquel Madrid: farolillos, puestos de comida y bebida, atracciones y chotis. *¡Pa qué más!*



Ayuntamiento de Madrid

*L*a melonera, en la ermita de la Virgen del Puerto, era la última verbena y no faltaba nadie. La proximidad del río y el frío ambiente de ese bosque hundido donde se ponía la feria, hacían que nadie se olvidara de que era ya septiembre.

La ermita no podía cobijar a todos los que se acercaban, pues, a los habituales, esos norteños que pasaban allí la mayor parte de los domingos del año, se unían el día de la Virgen muchos otros. Esta falta de espacio hacía que se improvisara un templo al aire libre, en pleno cerrillo de las Vistillas. Las filas de melones y sandías tradicionales en esta fiesta, servían para delimitar las diferentes zonas de la iglesia. Luego estas frutas se comían o se llevaban a las casas en las que, durante un tiempo, habría un recuerdo de *la melonera*.



Ayuntamiento de Madrid

La calle Mayor, esquina a Bailén era el paso obligado de las grandes celebraciones palatinas. Sin embargo era sobre todo transitada en la procesión del *Corpus Christi*. De todos los balcones colgaban mantones, recién sacados del Monte, se engalanaban con flores y se llenaba de madrileños vestidos con sus mejores prendas. Las mujeres, desde los balcones, parecían más guapas que nunca y relucían en sus escotes sus joyas más valiosas. Los plateros de Madrid con tiendas en esta calle exponían sus alhajas mejor labradas, como era costumbre desde antiguo. Los areneros y los conductores de tranvía dejaban en todo el camino un rastro de arena para evitar resbalones. Y, así, con seguridad, marchaba la Guardia Real en sus caballos, la Guardia Civil, los representantes del Ayuntamiento y la Iglesia, portando la gran Custodia, toda de refulgente plata entre columnas, ángeles y relieves representando el lavatorio, la oración del huerto y el prendimiento. Bajo el palio desfilaba, guardada en la gran joya, el Santísimo Sacramento, sobre el que caían pétalos a lo largo del camino llenando de suaves fragancias todo el recorrido.



Ayuntamiento de Madrid

Ya estaban situados los vendedores ambulantes a lo largo de toda la calle Princesa, preparados para la Romería de la Cara de Dios. Durante toda la Semana Santa la antigua ermita de la Santa Faz tenía abiertas sus puertas para que pudiéramos rezar ante la copia de la "Cara de Dios" estampada en el lienzo de la Verónica cuando fue a quitarle el sudor de la cara. Pero era en la madrugada del Viernes Santo cuando de todos los lugares de Madrid se acercaban sus devotos a venerar el lienzo.

De la ermita entraban y salían cientos de madrileños, dejándose escapar de entre sus puertas los rezos y el oficio, que se confundían con el alborozo de la calle:

¡A cuarto y a dos!

¡Caritas de Dios!

¡A cuarto y a dos!

¿Quién quíe unas palmas?

¡Palmas y romero!

Y entre los gritos de los vendedores de estampas y carracas, risas, rezos y olor de chocolate caliente y buñuelos y de aguardiente y churros.



Ayuntamiento de Madrid

Tual que llegaban los madrileños a este límite de la posesión del Pardo en la romería de la bellota íbamos nosotros a pasar el día a uno de los merenderos que allí se hicieron célebres. No hacía falta esperar al 15 de Noviembre, festividad de San Eugenio para traspasar la Puerta de Hierro y holgarse entre las encinas y alcornocales comiendo tortillas, escabeche y chicharrones entre sorbos de buen vino.

Un día de campo a orillas del Manzanares era común en mi juventud. Una vez fuimos a parar al merendero de Mariano del jlamó, uno de los más conocidos y vimos una becerrada improvisada en la pequeña plaza de toros particular que tenían en el local. Iba acompañada de una *charanga*, la Orquesta de Bruno, que consiguió arrancarnos una carcajada tras otra. Acabó la fiesta con los murguistas de compañía a las mil, y la vuelta fue una evocación de la tradicional romería entre cantos, guitarreos y vocerío.

206. MADRID.—Puerta de Hierro.



El ministerio de Estado —donde se cocía toda la política externa—, que antes fue de Ultramar y, aún antes, cárcel, perdía su importancia cuando se acercaba la Navidad y la plaza de Santa Cruz se llenaba de puestos de figuritas de barro. Para la plaza Mayor quedaba, por aquellos años, la comida: dulces, turrónes, mazapanes y esos pavos y gallinas que se paseaban esperando su hora atados con cuerdas.

Hasta las plazas de La Provincia y Santa Cruz subían los vendedores de baratijas de la Puerta del Sol. Traían juguetes que, muchas veces, ellos mismos inventaban y construían.

“¡Don Nicanor tocando el tambor!”, “¡La botellita involucable, siempre derecha!”

Cada año volvían con novedades, juguetitos diferentes, pero todos de *a perra*.

“¡El pato nadador!”, “¡La pelota sonajero!”, “¡El auténtico polichinela!”

Nunca olvidaré *la cabeza parlante*. Hecha en barro, decía papá y mamá y, más tarde, mucho más ingeniosa, pues se podía conseguir, soplando por una trompetilla de madera, que cantara *Tápame, tápame* y el *Ven y ven*.

C. A. y L. / 605. MADRID — Ministerio de Estado



Ayuntamiento de Madrid

El día de Reyes por la mañana teníamos costumbre de acercarnos hasta el Palacio Real para ver a los que acudían al *besamanos*. Eran todos los invitados al acto personajes de la aristocracia muy conocidos y, entre el público que se agolpaba frente a la puerta, siempre había un listillo con vocación periodística, que retransmitía el acontecimiento diciendo en voz alta los nombres de los que entraban.

A pesar de todo, me encantaba ir allí, sobre todo por ver esos trajes lujosos y tiesos y las joyas de las señoras que se veían brillar desde lejos. Me recordaban los bailes de carnaval.

Después íbamos a casa, comíamos en familia y, para postre, el típico roscón que partíamos con cuidado, no fuéramos a romper el *premio* y que comíamos con ansia, sobre todo los más jóvenes, esperando encontrar un soldadito de plomo, una figurita de porcelana o una de esas estampas coloreadas que se ponían sobre la palma de la mano y, con el calor, se hacían un rollito. Lo malo era que te tocara la judía y tuvieras que aflojar el bolsillo para invitar, no sólo al roscón, sino también al teatro a los mayores y al circo Price a los pequeños.



PALACIO REAL (Madrid)

La plaza de Oriente y la estatua de Felipe IV, de las que ya se habló en su lugar correspondiente, tienen como fondo en esta vista el hermoso edificio del Palacio Real.

Está edificado sobre el emplazamiento de la atalaya del primitivo Madrid y del Alcázar de los Reyes de Castilla, del que aparecen noticias ciertas, a partir del reinado de Don Pedro I. León V, rey de Armenia destronado por los turcos, reedificó las torres de ese edificio, cuando fué señor de Madrid, por donación de Don Juan I. Enrique III le dió forma y carácter de Palacio. Juan II hizo consagrar la capilla, y Enrique IV residió en él largas temporadas. En tiempo de los comuneros fué asaltado y conquistado por éstos, y en el de Carlos I sirvió de prisión a Francisco I. Felipe II le engrandeció y embelleció al fijar la Corte en Madrid, y así continuó siendo la residencia de los Austrias y centro político del más dilatado ingenio del mundo. Destruído por un incendio en 1734.

Felipe V quiso construir uno nuevo, y el Abate Juhara hizo magníficos planos para su erección en los altos de San Bernardino. Pero el primer Borbón quiso edificarlo en el mismo sitio que el antiguo, y así se hizo, conforme al proyecto de Sachetti. No fué terminado hasta 1764 en que Carlos III se instaló en él. Y de entonces acá ha sido escenario de famosos acontecimientos, como los de 1808, 1822, 1841, 1854, y otros muchos episodios de nuestra revuelta historia.

Parece mentira que a mediados del siglo pasado causara tanta expectación y asombro la inauguración del ferrocarril. Viendo el progreso que poco más tarde sufrió el transporte con varias líneas de tranvía eléctrico, numerosos automóviles que llenaron Madrid y el moderno metropolitano, cualquiera pudiera pensar que era exagerada la prevención de años atrás ante el “monstruo que vomitaba humo, sembraba fuego, bramaba cien veces más fuerte que el león del Retiro”, que dijo un escritor de la época.

La inauguración de la primera línea de Madrid-Aranjuez en 1851 fue toda una fiesta. Viajaron en ella la familia real, y el arzobispo de Toledo les dio la bendición. Se recomendaba, en caso de que alguien se tirase del vagón por apuro y temor que lo hicieran, al menos con todas sus fuerzas hacia el punto de donde venía el ferrocarril para no caer debajo de él.

Como muchos de los edificios de Madrid, la estación que vio los primeros balbuceos del ferrocarril en Madrid sufrió un aparatoso incendio y tuvo que reedificarse. Así vi por primera vez la estación de Atocha, amplia y acristalada, que me maravilló, pero que fue testigo de las más tristes despedidas del siglo con los embarques de las tropas que irían a la guerra a luchar.

46. Madrid. - Paseo de Atocha y Estación del Mediodía.



En el siglo pasado, cuando se derribó la iglesia de Santa María, la Virgen de la Almudena se quedó sin templo. Desde ese mismo momento se comenzó a pensar en uno nuevo. Se recaudó dinero entre los madrileños, la Casa Real y el Ayuntamiento cedieron unos terrenos junto al Palacio Real y el propio Alfonso XII donó 125.000 reales para comenzar las obras.

Siempre he oído que fue la Reina Mercedes la que más apoyó el proyecto y que, cuando murió en el año 1878, al no poder ser enterrada en el Panteón Real del Escorial por no tener descendencia, el Rey pensó que el nuevo templo, tan próximo a Palacio, sería un lugar ideal para que reposara.

El día de la colocación de la primera piedra, Alfonso XII, al final de su discurso, hizo mención a su desaparecida esposa:

“... Los que tengáis la dicha de admirar sus bellezas, al entrar bajo las bóvedas de este templo, orad por la memoria de aquel ángel que está en el cielo, a quien se debe la iniciativa de esta idea y que siempre acogió con entusiasmo cuanto pudiera enaltecer la gloria y la prosperidad de nuestra patria”

MADRID

LA ÁLMUDENA Y PALACIO REAL

AYUNTAMIENTO DE MADRID



Ayuntamiento de Madrid

Desde que llegué por primera vez a Madrid, siendo aún un niño, siempre me ha gustado ir a la Iglesia del Buen Suceso. Mi tía me había llevado hasta la calle de la Princesa cuando, de repente, nos adelantó una elegante berlina con una escolta y un caballerizo precediéndola.

—¡Mira por ahí pasa doña María Cristina!

Yo no me lo podía creer, la propia reina regente bajaba en ese momento del coche y entraba en la Iglesia. Mi tía me contó que era costumbre de la Corte española oír la Salve en el Buen Suceso y que todos los sábados la Regente María Cristina, fiel a la tradición, venía desde Palacio hasta aquí.



77 MADRID. — Iglesia del Buenavista. — LL.

Ayuntamiento de Madrid

Entrando por esta fachada que da al Jardín de Sabatini se llegaba a la capilla real, donde se celebraban ciertas fiestas religiosas de forma pública. A estas Capillas Públicas, como se las llamaba, accedían en desfile una comitiva compuesta por la Familia Real, el Clero y todo el personal palatino. En ocasiones vi congregarse a tanta gente que no se podía entrar a la galería y muchos quedaban fuera, esperando. Estas Capillas se celebraban el día de Reyes, el de la Purificación, el Domingo de Ramos y el Jueves y Viernes Santo, Domingo de Pascua, de Pentecostés y el día de la Purísima Concepción. Pero, sin duda, la fiesta más tradicional y que atraía a más gente era el "Lavatorio de pies". Desde primeras horas de la mañana veías a los ancianos pobres, a los que se había llamado a celebrar el acto, acercarse al Palacio. Allí los servidores reales los lavaban y vestían decorosamente antes de que la ceremonia en el Salón de Columnas empezase.

El Nuncio, después de la lectura de los Evangelios según San Juan, rociaba con un jarro de agua los pies de los pobres para que el Rey los secara a continuación. Al terminar la ceremonia se les regalaba una cesta repleta de los más apetecibles alimentos. Y era curioso ver la salida de estos pobres de Palacio, que sin tardar más de dos minutos, ya habían vendido los comestibles, con cesta incluida, a alguno de los muchos tenderos que les esperaban en el exterior.



Ayuntamiento de Madrid

Fue toda una fiesta la jura. El cortejo iba despacio, la guardia Real a caballo, las berlinas y los coches de París con oficiales e invitados y, al final, cerrando todo este desfile de lujo que dejaba con la boca abierta a cuantos lo esperaban en las aceras, el coche de la Corona Real, tirado por ocho caballos tordos empertrechados de blanco, con trenzaduras de oro y blanco. Desde el Congreso, fueron a San Francisco el Grande y luego, por el Viaducto, de regreso al Palacio Real. Alfonso XVIII, ya rey con sólo dieciséis años, saludaba desde su carroza, acompañado por la regente maría Cristina y la infanta María Teresa.

Pero, a pesar de su juventud, supo ocupar su lugar don Alfonso: se ganó al pueblo en su primer discurso mostrando gran preocupación por los problemas sociales y convocó, el mismo día de su nombramiento, un consejo de ministros donde dejó claro que no iba a ser manejado por nadie.



Ayuntamiento de Madrid

Vinieron a Madrid, sin contar a los expresamente invitados para el acontecimiento, más de ciento cincuenta mil personas para ver de cerca la jura de Alfonso XIII. Y no es que se pudiera ver muy de cerca, porque entre ellos y los de aquí, o ibas a coger sitio en la madrugada, con el riesgo de que, horas más tarde, viniera un guardia y te hiciera desalojar la zona, o te lo tenía que contar el de delante. Y es que aquí, a pesar de la cantidad de gente que viene, de los muchos desfiles que hay durante el año y de todos los acontecimientos que se celebran, siempre hacemos lo que sea por estar en primera fila.

Hubo otros actos más restringidos como el baile de gala en los salones de la Bolsa o una corrida de toros, pero algunos, los que llegaron primero, pudieron participar en la batalla de flores en el Retiro o entrar a ver el mismísimo Palacio Real, eso sí pasando la selección que hicieron los guardias en la puerta.



Ayuntamiento de Madrid

También llegó al Retiro la celebración de la mayoría de edad de Alfonso XIII. En este paseo que da a la plaza de la Independencia, se instaló una gran feria de muestras con los primeros proyectos de cinematógrafo, en unos grandes barracones de madera instalados para la ocasión.

En la entrada, se colocó un cuadro de figuras de madera en colores que giraban al mismo tiempo que tocaban música y se trajeron los primeros gramófonos con discos cilíndricos de cera.

Por aquel tiempo, el cine era, por supuesto, mudo y, para esta muestra, establecieron una mezcla entre la música de los gramófonos y las imágenes del cine que agradaron a los muchos que se acercaron hasta el Retiro.



MADRID. — Retiro: Puerta de la Independencia.

Ayuntamiento de Madrid

Yo no estuve allí, pero me contaron que la recepción celebrada en el Campo del Moro con motivo de la mayoría de edad de don Alfonso fue todo un acontecimiento. Se repartieron más de diez mil invitaciones. No faltó casi nadie: el cuerpo diplomático, la aristocracia, representantes de todas las diputaciones, alcaldes de toda España, senadores, etc. Todos admiraban el lugar elegido para la fiesta, y no es de extrañar, pues se mezclan en el Campo del Moro la belleza natural de la vegetación con el arte de arquitectos y jardineros.

Todos esperaban impacientes la llegada del joven rey, que apareció en su carroza, acompañado por su madre y por su hermana María Teresa y saludó afectuosamente a cuantos se acercaron. Me contaron que los alcaldes fueron presentados a Alfonso XIII por el de Madrid, y que, ante la sencillez y la amabilidad del rey, más de uno se arrodilló emocionado.

Fue servido un buffet espléndido y el servicio de la Casa Real estuvo varias horas sacando vino y dulces para los invitados de unas tiendas de campaña instaladas por los jardines.

Aunque la familia real tuvo que retirarse pronto, la fiesta duró hasta que faltó la luz.



Ayuntamiento de Madrid

El día de la coronación de Alfonso XIII nos llevamos un susto monumental. Era imposible acercarse al Palacio por la multitud que lo rodeaba, así que decidí esperar en la Puerta del Sol. A primera hora llegaron allí noticias trágicas: "Ha habido un atentado contra el rey, un anarquista italiano, don Alfonso está herido". Nos quedamos helados y corrimos hacia Palacio. Allí conocimos la verdadera historia que poco tenía que ver con la que llegó hasta las aceras de Sol.

Un loco llamado José Crevillent, se había enamorado perdidamente de la Infanta María Teresa, hermana de don Alfonso, y había elegido ese día para pedir su mano. Burlando a la tropa, se acercó al coche del rey y lanzó dentro una carta dirigida a don Alfonso explicando su amor y rogándole que, en el día de su jura, no le negara tal gracia. Y eso fue todo.



Ayuntamiento de Madrid

*S*obre el Prado, sobre su increíble colección de pintura no puedo añadir nada nuevo. Disfrutar por sus galerías perdiéndote entre Tiziano, Rubens o Velázquez era uno de los grandes placeres que echo de menos.

Pero hay otro recuerdo que siempre me viene a la mente unido a esta entrada lateral del museo. Fue en 1906 y la gente abarrotaba la zona entre la Iglesia de San Jerónimo el Real y el Paseo del Prado. Esperaban de pie y muchos subidos a la escalinata del Museo ver la entrada de los novios. Ella era doña Victoria Eugenia de Battenberg y él Alfonso XIII. Se construyó una escalinata que diera acceso a la fachada principal del templo y un dosel. Decían que la Iglesia iluminada con quinientas luces resplandecía con los tapices y alfombras extendidas.

Él llegó en una carroza de la Corona, tirado por cuatro troncos de caballos blancos, desde Palacio, ella desde el Ministerio de Marina. Una comitiva de carrozas de la Casa Real, caballos y coches de la aristocracia les acompañó hasta la Iglesia. Sonó la Marcha Real y el himno inglés a la entrada de la pareja y muchos de los curiosos, como si un toque de queda les avisara del final del espectáculo, recorrieron todo Madrid para lograr verlos más de cerca cuando llegaron al Palacio Real.



Ayuntamiento de Madrid

Era un día de fiesta. Se casaba el rey, Alfonso XIII. Era el 31 de mayo de 1906. Me encontraba en la calle Mayor. La comitiva, que venía de los Jerónimos y se dirigía al Palacio Real, acababa de pasar entre el griterío de la gente que había salido a la calle a conocer a la nueva reina.

Yo intentaba abrirme paso para acortar por una calle transversal y llegar hasta el palacio para ver el final del desfile, pero creo que todos habíamos tenido la misma idea y no conseguía avanzar.

De pronto escuché un ruido impresionante y sentí un golpe, como si algo me hubiera lanzado contra la pared. Nadie sabía lo que pasaba, sólo se oían gritos, algunos habían quedado inmóviles contra los edificios, otros corrían hacia la carroza real. Yo sólo veía humo. No pude acercarme, pero oí a uno de la guardia decir que había muchos muertos y heridos, aunque los reyes estaban bien.

Unos días después supimos que un anarquista, Mateo Morral, había tirado una bomba escondida en un ramo de flores desde el cuarto piso del número 88 de la calle Mayor al paso de la comitiva.

MADRID - MONUMENTO A LAS VÍCTIMAS DEL ATENTADO
DEL 31 MAYO 1906



Ayuntamiento de Madrid

Esta boca de metro de la Red de San Luis conservaba aún su visera. Era muy moderna la estación, pues contaba con ascensor. Normalmente, siempre estaba llena porque, al encontrarse tan en el centro, era de uso habitual, igual que la de la Puerta del Sol. Además, todo el que visitaba Madrid entraba a *echar un vistazo al invento*.

El Metropolitano de Madrid fue inaugurado solemnemente el 17 de octubre de 1919, por el rey Alfonso XIII. La primera línea unía Sol con Cuatro Caminos y los trenes fueron, desde un principio, eléctricos. Lo digo porque me contaron que, en ciudades que tenían este medio de transporte desde años atrás, se habían utilizado trenes de carbón, y se decía que era bastante incómodo, pues, a la oscuridad de los túneles, se unía el humo de las máquinas.

Aquí no tuvimos ese problema y, desde el principio, mucha gente se decidió por el *metro*. Los andenes empezaron a tomar el mismo aspecto que las aceras: grupos charlando, amigos que se encuentran, ...y es que, sobre o bajo tierra, las costumbres son las costumbres.



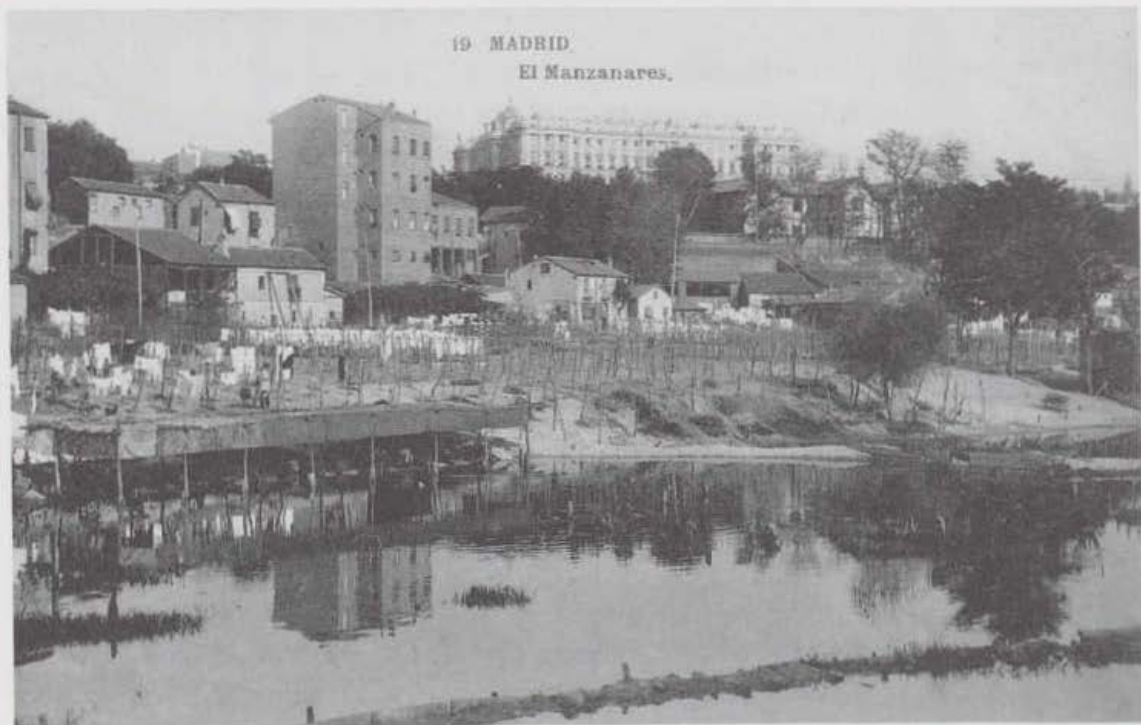
Ayuntamiento de Madrid

Que el trabajo de las lavanderas era duro y sacrificado, era algo admitido desde siempre, pero, a veces, creemos que eso sólo podían verlo aquellos que pasaban cerca del río y las veían a primeras horas de la mañana soportando el frío invierno de Madrid. Y eso no es así. Puede que fuera la cercanía de Palacio lo que llevó a la familia Real a mostrar una intensa preocupación por estas mujeres, eso nunca lo sabré, el caso es que su Majestad la reina y la Infanta doña María Isabel (tan querida en Madrid), ayudadas por siete hermanas de San Vicente Paúl, se ocupaban personalmente de sacar adelante el Asilo de niños de las lavanderas que se encontraba en la Cuesta de San Vicente, en la glorieta.

Recogían allí a niños que no podían ser cuidados por sus madres o, simplemente, a los que se tendrían que quedar solos mientras éstas trabajaban. Estos últimos, pasaban la mañana en el Asilo, donde no sólo les daban de comer, sino también educación.

Existía además un servicio de asistencia médica a cargo de uno de los doctores de la Real Familia que socorría a las lavanderas enfermas.

En la celebración de Reyes, Su Majestad regalaba a todos los niños un traje completo, dulces, frutas, juguetes y una cantidad en metálico, siendo la misma reina quien repartía los obsequios tal y como tenía costumbre Alfonso XII.



Ayuntamiento de Madrid

Fue un poco más abajo de la calle Alcalá. Venía Alfonso XIII de una parada militar en la Castellana que se celebraba con motivo de la Jura de Bandera. Ya se veían los uniformes de gala dando la vuelta junto a la Cibeles. Había gente por todas partes, pero se notaba más en la calle de Alcalá.

—“¡Ya viene, ya viene!, ¡Es el rey!” —se oía a lo lejos.

Ya llegaba el sonido de la Marcha Real y la gente se adelantaba para asomarse a la calle y ver el cortejo.

Pasó un landó a la *Gran Daumont* en el que iban saludando Doña Cristina y la Reina Doña Victoria Eugenia, y otro en el que viajaba “la Chata” que recibía piropos de cuantos la veían.

Detrás, se acercaba el Rey en su caballo “Ali”

—“¡Viva el Rey!” —se escuchaba a su paso, al tiempo que se alzaban sombreros y pañuelos.

Frente al Banco de España, un hombre salió de la fila, se acercó al monarca con un arma en la mano y disparó. Se oyeron gritos y el caballo del Rey se alzó sobre sus patas traseras. Pero la bala no rozó a Don Alfonso. El agresor, Sancho Alegre, fue detenido por la multitud en un portal y la comitiva siguió su marcha. La gente, aún perpleja, comenzó a vitorear de nuevo al Monarca y, saliendo de la acera, rodearon al caballo y le “escoltaron” el resto del camino.



MADRID - Calle de Sevilla
Bancos de Bilbao y Español de Crédito

Ayuntamiento de Madrid

Doña Dolores Romero Arano, viuda de Curiel, decidió que utilizaría su fortuna para "crear un Centro de Refugio para el pueblo trabajador, para que, en los días de enfermedades, pudieran recuperar la salud sin ahogos ni dispendios".

Así nació el *Hospital San Francisco de Paula para jornaleros*, aunque yo siempre lo he llamado *Hospital Obrero de Maudes*.

Se comenzó a construir el 18 de febrero de 1909 y el proyecto se debe, como es fácil observar de un simple vistazo, al mismo arquitecto que levantó "*Nuestra Señora de las Comunicaciones*" —oficialmente, Palacio de Comunicaciones—, junto a Cibeles.

Alfonso XIII, acompañado de toda la familia Real, inauguró el hospital en junio de 1916 y en julio del mismo año, empezaron a ser atendidos los enfermos.



Ayuntamiento de Madrid

Recuerdo el hospital de la Princesa por una tragedia que ocurrió en Madrid a principios de siglo. Fue en abril de 1905. El canal de Isabel II que traía agua de Lozoya, llevaba casi medio siglo inaugurado y, desde entonces, se ocupaba de traer y distribuir las aguas de Madrid.

Pues ese día de abril, se produjo el hundimiento del tercer depósito del canal que se encontraba en los altos de Amaniel. Todo el barrio escuchó el estrépito que produjo la caída, las tropas de ingenieros se abrían paso entre los curiosos para desescombrar la zona y que la Cruz Roja pudiera sacar a los heridos. Todos colaboraron transportando camillas, llevando coches o quitando piedras. Acudió Alfonso XIII para ver de cerca las dimensiones de la catástrofe y quedó impresionado al saber que podía haber entre los escombros centenares de obreros.

Los heridos fueron trasladados al Hospital de la Princesa. Se improvisaron mesas de operaciones para atender lo más rápido posible a los más graves, que eran muchos, las enfermeras corrían por los pasillos haciendo curas de urgencia y se consiguió salvar a más de los que hubiera cabido suponer.

Tardaría mucho Madrid en olvidar ese 8 de abril.

18-2-908



MADRID - Núm. 41 - Fachada principal del HOSPITAL DE LA PRINCESA.

FOT. LAURENT, MADRID

*S*e encontraba la estación de las Delicias en una hondonada, como cumpliendo una tradición madrileña, pues las condiciones eran prácticamente las mismas que las de las estaciones de Norte y Mediodía, de manera que todo el que llegaba tenía que subir enormes cuestras para llegar al centro. Y ese no era el mayor problema porque se podía resolver con un carro, lo malo era llevar a su destino las cargas que venían en los trenes, pues había que conseguir un buen número de mulas para transportar las mercancías.

A esta estación de las Delicias llegaban los trenes del este. Era la unión más rápida con Portugal y más de una vez tomé yo un rápido para viajar hasta Lisboa.

También recibimos en Madrid visitas desde el país vecino. Recuerdo que en 1907 llegaron los reyes de Portugal, Don Carlos de Braganza y doña Amelia de Orléans, acompañados por el príncipe heredero don Luis.

Hubo bastantes festejos: desfiles, teatro, banquetes y recepciones para los monarcas y los madrileños les tomamos cierto cariño. Por eso, cuando poco más de un año después, el rey y su hijo fueron asesinados en Lisboa, la noticia fue tan comentada en Madrid.



ESTACION DE LAS DELICIAS (Madrid).

En el paseo de las Delicias se encuentra la Estación de los Ferrocarriles del Oeste de España, que sirven la línea de Madrid, Cáceres y Portugal. Fué inaugurada el 30 de mayo de 1880.

Los trenes que hacen entrada y salida en la corte son los siguientes:

| | <u>Salidas</u> |
|---|-----------------|
| Mixto para Astorga, Cáceres, Salamanca y Zamora | 8,45 |
| Mercancías para Grñón | 14,00 |
| Correo para Salamanca, Zamora y Portugal | 20,25 |
| Mercancías para Grñón | 21,00 |
| Rápido para Cáceres y Portugal..... | 23,28 |
| | <u>Llegadas</u> |
| Mercancías de Grñón..... | 6,95 |
| Rápido de Portugal y Cáceres | 8,26 |
| Correo de Zamora, Salamanca y Astorga..... | 9,05 |
| Mixto de Grñón..... | 16,00 |
| Mixto de Astorga, Cáceres, Salamanca y Zamora..... | 19,50 |

Esta Compañía tiene establecida una tarifa de billetes de ida y vuelta de expedición diaria entre todas sus estaciones, valdeiros por cuarenta y ocho horas a contar desde la llegada del viajero a su destino.


ErEran normalmente bueyes y caballos los que circulaban por el límite oeste del Parque de Madrid, el Retiro. La Puerta de Alcalá, al final del Paseo, les daba paso a la carretera de Aragón, descampado y tierra yerma que despedía a los forasteros entre venta y venta. Sin embargo, recuerdo un tiempo, yo era niño y sólo de vista conocía Madrid, en que la calle de Alfonso XII se convirtió en Mar Oceana.

Se celebraba el cuarto centenario del descubrimiento de América en el Retiro con la presencia de los Presidentes de las Repúblicas Sudamericanas. A las puertas del Retiro comenzaron a aparecer trirremes romanas, carabelas, galeones, fragatas, bergantines y vapores acorazados. Todo un despliegue de artes marinas desfilaban como monumentales carrozas, precedidas de la esposa de Neptuno, Amphitrite, que empuñaba un remo como cetro real dirigiendo a los delfines y caballos de mar que arrastraban de ella

La calle fue cortada al tráfico habitual ¿sería por miedo al naufragio de alguna embarcación?



Ayuntamiento de Madrid



Aún estaba en construcción el monumento a la memoria de Alfonso XII, que no acabaría hasta el año 1922 cuando se tomó esta fotografía. Como aquí, niños y menos niños se distraían viendo como iba avanzando su edificación en los 20 años que duró la obra. Se decidió erigirlo donde estuvo el antiguo embarcadero del Retiro y no se podía haber encontrado un lugar mejor para conmemorar a este rey que otorgó, a comienzos de su reinado, la posesión del Retiro al Ayuntamiento de Madrid, para el disfrute de su pueblo.

Había sido además este parque testigo mudo de los paseos románticos del rey con doña María Mercedes por entre las alamedas y sabía de sus secretos más que cualquier otro lugar de la Villa. Tal vez por eso se vio favorecido el Retiro por nuevas iniciativas durante su reinado que embellecieron aún más sus paseos, El Palacio de Cristal, la azulejería madrileña del Salón de exposiciones, etc. Pero sin duda lo que nunca llegó a olvidarse fue lo que pareció el acompañamiento en el duelo del Parque, cientos de olmos, acacias y pinos quedaron destrozados a causa de un ciclón que asoló la zona, pero que sin duda pareció un desgarramiento de dolor por el rey muerto.

Estadillo Castañeira u Mijares — Madrid
545. MADRID — Estanque del Retiro



Ayuntamiento de Madrid

¡Qué recuerdos de paseos y correrías matinales; Vestidos de domingo, mayores y niños, nos quedábamos embelesados mirando las barcas deslizándose por el gran estanque, hasta que nos despertaba el pregón: "¡Mojicones! ¡A perra gorda de canela! ¡Mojicones!" Corríamos y jugábamos al aro o a la pelota mientras los mayores se dejaban tentar en un puestecillo de refrescos y zarzaparrilla o en el de una horchatería. Por las tardes, en cambio, era el chocolate con bollo, vaso de leche y azucarillo el que nos invitaba a sentarnos en el café de la Casa de Vacas, donde antes bebían y compraban leche recién ordeñada los madrileños. Después junto al quiosco escuchábamos a la banda municipal en conciertos gratuitos que aplaudíamos hasta que el fresco de las tardes otoñales nos despedía del Parque de Madrid.



Esperábamos montar en las barcas del embarcadero. Jóvenes y familias enteras llegábamos los domingos al Embarcadero del Paseo central, todo construido de madera. Los más pequeños soñaban con el mar y con las aventuras de piratas. Miraban a los mayores con envidia ¿cuándo podrían ellos conducir una barca? ¿Acaso se creían que no serían capaces?. Unos estudiantes con sombrero de paja se deslizaban ahora en las bicicletas acuáticas. Unas señoritas, con sombrilla y abanico, subían a una barca, teniendo cuidado de no tropezar con el bajo del vestido.

Ya llegaba el momento, los papás blandiendo las entradas de colores daban paso a los jovencuelos a subir al "Gaviota" o al "Alfonso XII". Una vez acomodados en el vapor, olvidaban, por un instante, los sueños de guiar ellos mismos su propio barco. Y las envidias que habían suscitado los jóvenes remeros se eclipsaban cuando el vapor, con su "majestuosidad", sobrepasaba a las pequeñas barcas.



Ayuntamiento de Madrid

— “*Y*a es hora de irnos”, dice una de las jóvenes mientras guarda en el pecho el pequeño reloj de larga cadena. Las demás sonríen, no han dejado de hacerlo durante toda la travesía.

—¿Viste aquel muchacho? ¡Qué apuesto!

—Aquel otro parecía un estudiante. No sé si me hacía una seña hacia el aguaducho que hay junto a la fuente egipcia.

—¿No será verdad?

—Tal vez son imaginaciones mías pero podíamos acercarnos a beber a la fuente ¿no te parece?

—Ya sabes lo que dicen de la “tripona”, que sus aguas son buenas para las mujeres estériles.

—¡Anda, calla que mira la *mademoiselle*!

—Ya es tarde. Llévenos, por favor, al embarcadero. ¿No os gustaría que nos acercáramos a la Fuente Egipcia? Estoy sedienta.

Y yo mientras al pie de las esfinges imaginaba la escena, y esperaba, tal vez...

COLECCIÓN "BAENA" SERIE C-1.*



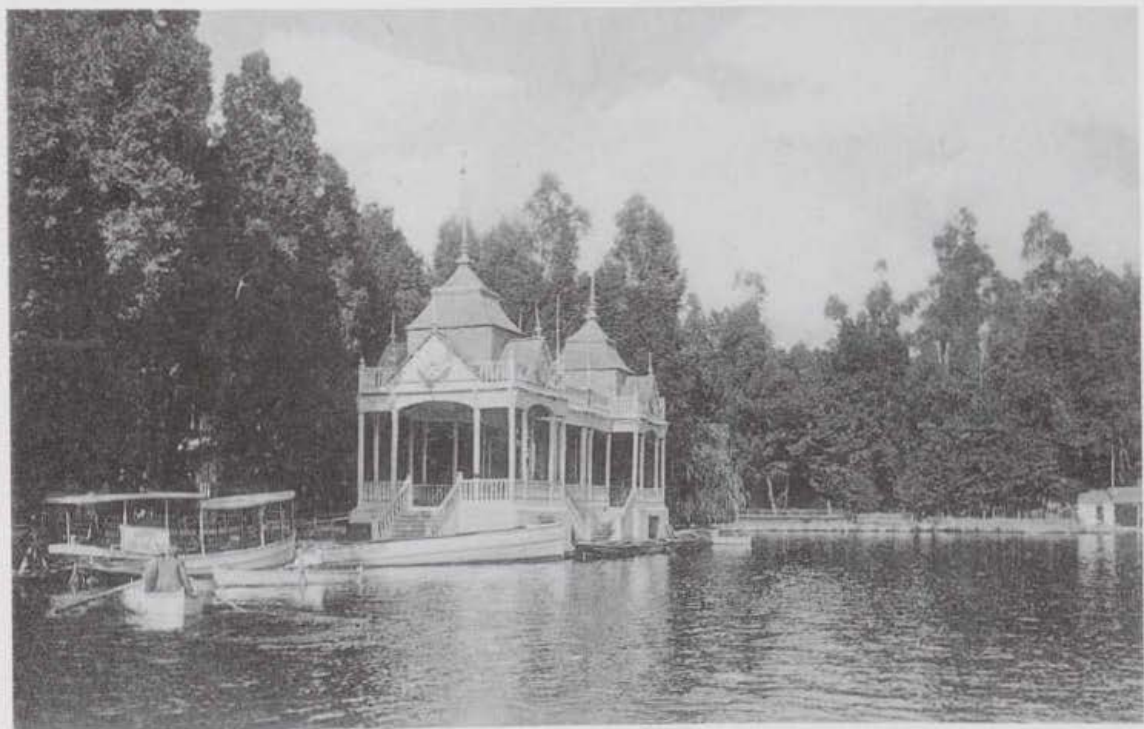
FOT. LAURENT MADRID

N.º 1—MADRID—"En el estanque del Retiro"

*En mi poder tu última. Se
envió esta que es la primera
de una serie bajo
19 febrero 1903.
Elmillo*

Casi está vacío el estanque, o al menos, eso parece. Pero, mirad allí ¿no veis delfines? y, allí, en el otro extremo, ¡es una ballena! y de ella un surtidor nos perfuma. ¡Oh, qué vistoso cortejo de embarcaciones!. Todas engalanadas se esconden ahora tras la montaña artificial. Parece celebrarse un festín en honor a Ulises pero... los comensales se están transformando en animales fantásticos. Y aparecen sirenas y tritones para hacerles compañía mas, de nuevo, los actores disfrazados se vuelven a metamorfosear.

Farsas y más farsas que habrán contemplado nuestros antepasados en este estanque. No verlo no significa no vivirlo y, ¿por qué no disfrutar imaginándonos las extraordinarias naumaquias aquí representadas? ¿No parece mirando ahora la quietud del estanque que una voz antigua, de tres siglos atrás nos llama a regocijarnos con ellos? ¿Por qué no leer las descripciones fantásticas de las representaciones frente a su escenario? ¿Por qué no sumergirnos en la más extraordinaria farsa acuática?



Ayuntamiento de Madrid

*M*uchos padres pensaban que unas buenas carreras por el Retiro eran el mejor tratamiento para curar a un niño débil. Sin embargo el progreso y la Ciencia médica venían a quitarles la razón: lo mejor las aguas oxigenadas.

Las del Retiro, en un lateral del Paseo de Coches, tenían todos los días varios pacientes infantiles, acompañados de sus madres o ayas. La sala de inhalaciones era la más famosa. Allí los pequeños con un aparato inhalador de oxígeno, que suministraba un recipiente de níquel, debían permanecer quietecitos durante media hora con la única distracción de un reloj de arena que les mostraba el tiempo que les quedaba para salir a jugar al Parque.



Ayuntamiento de Madrid

*L*a primera vez que vi esta fotografía casi no la reconocí, el Paseo de Coches. No puedo recordarlo apenas bajo ese aspecto frío, vacío y solitario, siento que no es el mismo que vieron mis ojos de niño en aquel día de febrero. Máscaras de a pie y a caballo, coches engalanados y cubiertos de flores y carrozas tiradas por mulas circulaban desde la entrada hasta el jngel Caído. Desde una de las orillas del Paseo, casi en frente de la tribuna del jurado, nos trasladábamos a un campo de amapolas, a una cacería en la India, a una gigantesca partida de dominó o a una invasión mora. Llovía confeti y caramelos, las serpentinas se enredaban entre los árboles y los coches, y los sombreros de copa sufrían el tiro al blanco de los más bullangueros. Después del desfile el restallar de los cohetes marcó el comienzo del paseo hasta Sol envuelto en luces rojas y verdes.

Aún al día siguiente vería la fiesta desfilas por el Paseo de Recoletos y a la carroza ganadora y, de nuevo, volverían las risas y las batallas de papelillos de colores.



28. Madrid.
PASEO DE COCHES EN EL PARQUE

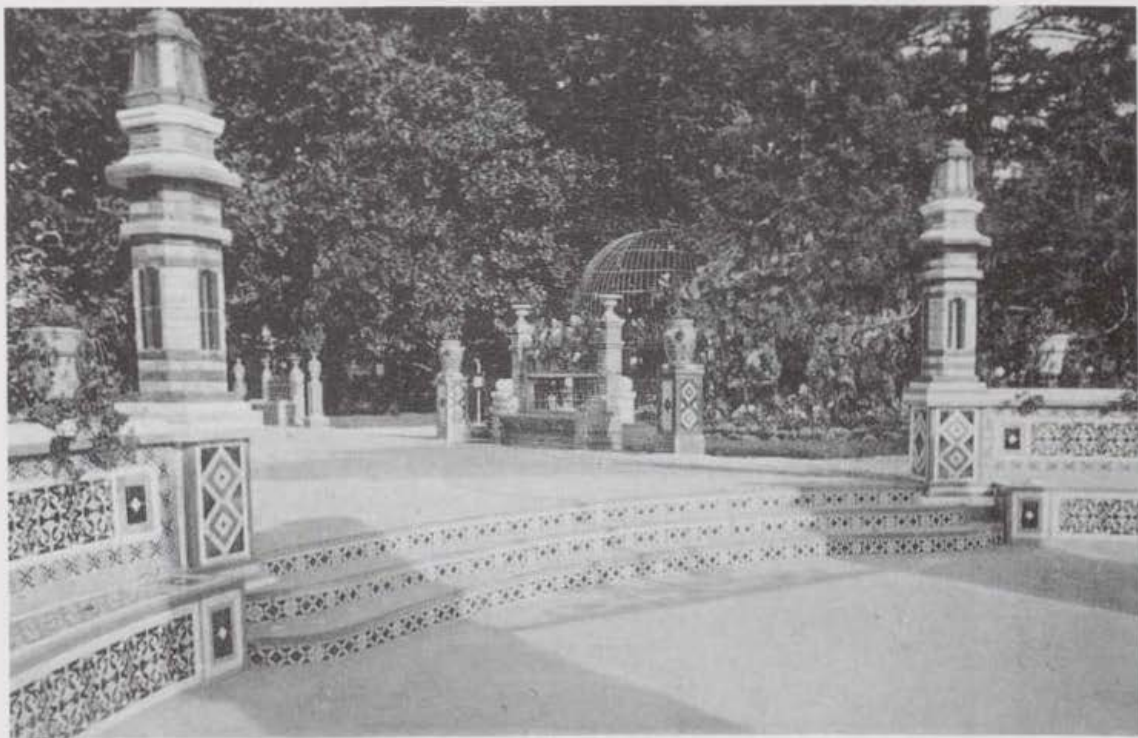
*A*ntes fue en la alameda del Prado, y en mi juventud en el corazón del Retiro. Al comienzo de la tarde, a las cuatro, subían los coches con sus caballos al trote por la avenida del Duque de Fernán Nuñez. La aristocracia madrileña en sus landós y berlinas, guiadas por cocheros y lacayos de elegantes libreas; otros en coches alquilados, los del Nuevo Club, Gran Peña, Casino; unos pocos en automóviles; y los más andando por las alamedas salían a pasear, a mirar y ser mirados.

Después de unas vueltas entre la puerta de Hernani y el Ángel Caído salían hacia la Castellana, ya con los faroles encendidos, y no paraban hasta llegar a la Carrera de San Jerónimo donde muchos se detenían ante la puerta de Lhardy a tomar un consomé o una copita de jerez antes de volver a sus casas.



Ayuntamiento de Madrid

Después del paseo obligado por la Chopera cuando era escuela hípica y disfrutábamos viendo los maravillosos saltos de los caballos superando setos, fosos, vallas y barras, llegábamos a la Casa de Fieras, deteniéndonos en su entrada con prudencia al escuchar algún que otro rugido y los aullidos de los monos. Este Parque Zoológico funcionaba desde la época de Isabel II. Esta reina quiso embellecer el Parque y bajo su iniciativa se crearon, no sólo este pequeño zoo, sino también otras miles de mejoras. Se instalaron surtidores y juegos de agua, fuentes ornamentales y cascadas por todo el Parque gracias a la traída de aguas de Lozoya, que aumentó el canal hidráulico. Se celebraron, recordando los primeros tiempos del Buen Retiro, espectáculos acuáticos en el estanque, con atracciones como la del funambulista monsieur Blondin que atravesaba el estanque sobre un hilo de alambre, y otras fiestas populares que aún se recordaban en Madrid a mi llegada.



Ayuntamiento de Madrid

Nunca antes había visto yo un Parque zoológico y ¡había oído hablar tanto de él!. Cuando llegué ante la puerta de la Casa de Fieras toda la impaciencia se convirtió en temor, recordaba aquella historia que contaban sobre el oso que atacó al mozo que limpiaba su jaula, imaginaba el rugido del león enfurecido, pero sobre todo tenía miedo del elefante. Ese elefante que erguido sobre dos patas se mostraba en los carteles anunciadores, heredero del elefante Pizarro. De él contaban que un buen día se escapó de su jaula y fue a parar frente a una tahona, comiéndose todos los panecillos que encontró a su paso. Todos los clientes corrían espantados pero el elefante ni siquiera reparó en ellos ya que cuando sació su hambre se volvió a su "casa", acompañado de su cuidador.

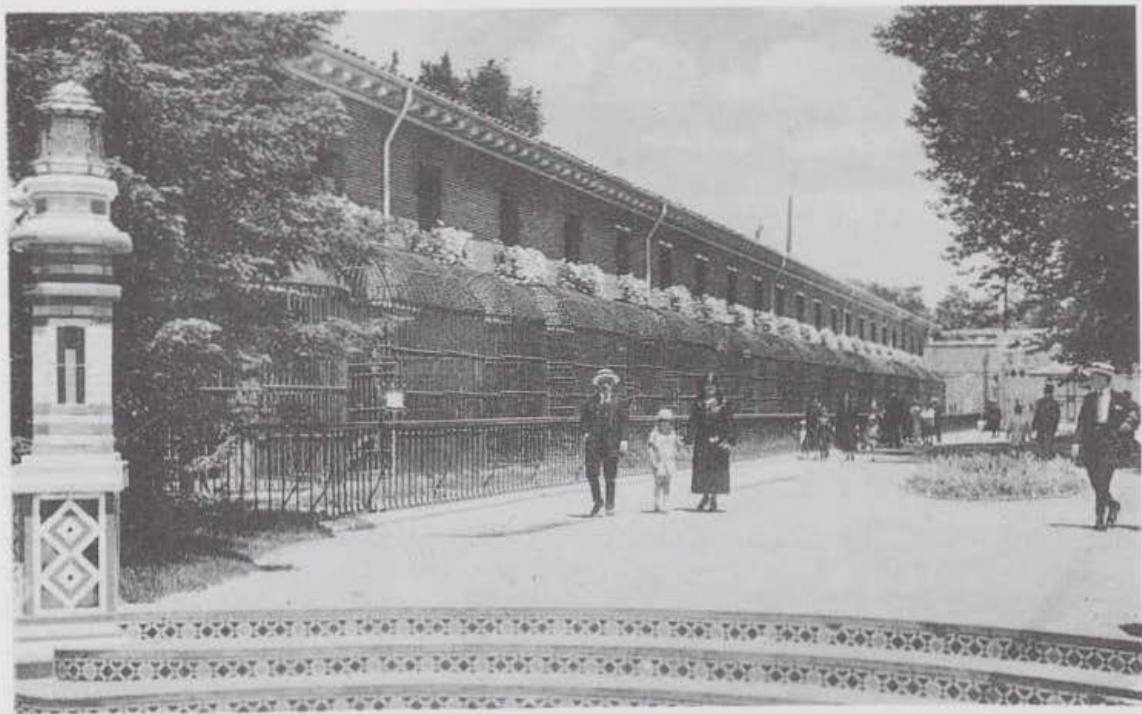
El que yo ví, era un apacible y viejo elefante que me sorprendió por su tamaño pero no por su bravura. Más tarde cuando murió su cuerpo fue llevado al Museo de Ciencias Naturales y aún puede vérselo allí.




Ayuntamiento de Madrid

*S*iempre estaba muy concurrida la casa de fieras los domingos. Nos parábamos frente a las jaulas de los monos, la cebra, la jirafa o el elefante "Nerón", sujeto con una argolla de una de las patas traseras que fue tan popular como "Pizarro", aunque más inquieto.

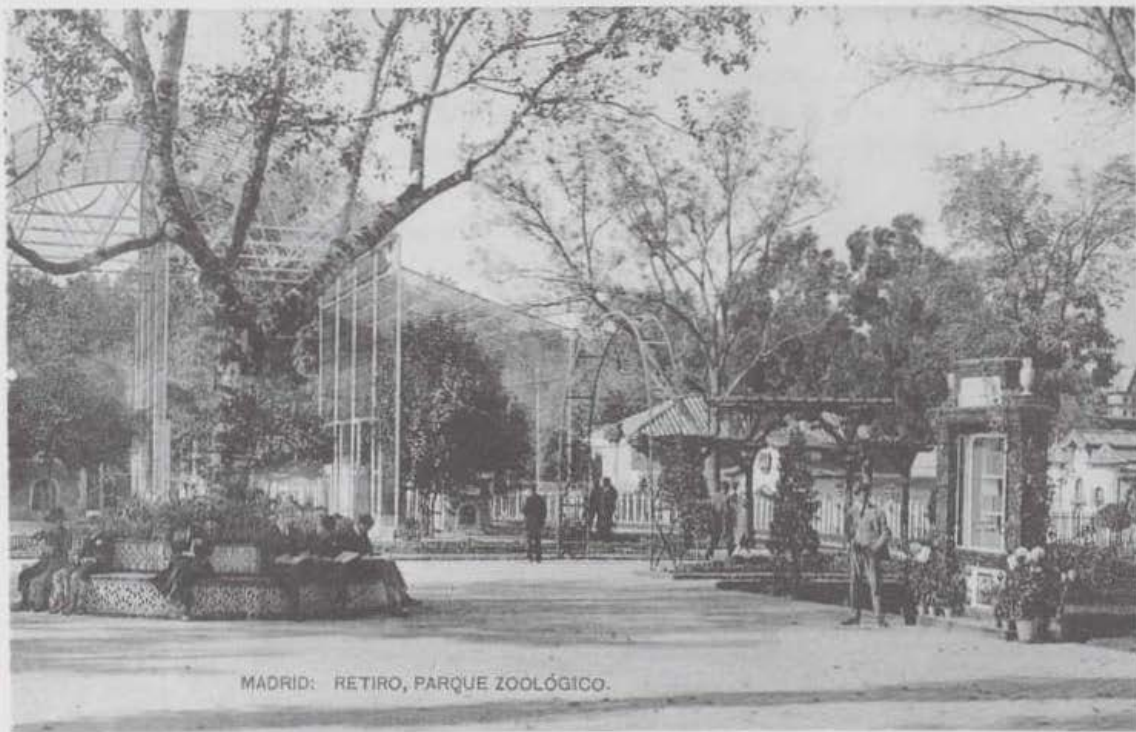
Cuando tocaba la campana anunciando la comida, se acercaba mucha gente. recuerdo a un domador de pelo rojo, que salía con la blusa y las manos llenas de sangre como un matarife y una espuerta llena de carne. Al oso negro le daba una libreta de pan y un gran trozo de carne que colgaba de los hierros de la jaula, a la foca, un cubo lleno de pescados que iba tirando al aire y el animal recogía entre los aplausos de los niños. Había un cocodrilo en una artesa y una boa que el domador se enroscaba en los hombros dándole conejos y pichones. Entonces algunos daban grititos y tiraban de los niños que no se asustaban lo más mínimo.



Ayuntamiento de Madrid



Esta foto me hace recordar otro de los buenos momentos pasados en el Parque del Retiro. Entre la alamedas, junto al Palacio de Exposiciones, había una pequeña biblioteca pública que nos ofrecía la posibilidad de disfrutar de una buena obra clásica. Tomábamos de sus estanterías al aire libre un buen libro y nos sentábamos en los bancos contruidos con azulejos talaveranos. Había también libros infantiles pero no se veían muchos niños que preferían gastar su tiempo en cualquiera de las otras diversiones que les ofrecía el Parque. Sin embargo, a mí me encantaban estos ratos de lectura. Cuando comenzaba a refrescar sentía dejar el libro, aunque confiaba en retomarlo al día siguiente allí donde lo dejaba. Esta costumbre te ayudaba a recordarla la leyenda que presidía la biblioteca de azulejos *"Estos libros que son de todos, a la custodia de todos se confían"*



Ayuntamiento de Madrid

Ziendo este panorama desde la Puerta de Alcalá, abierta su acera izquierda en una barriada de casas, me gusta imaginar la apariencia que el Parque del Buen Retiro debió tener antes de que esta merma ocurriera. Iba, por entonces, la Familia Real encabezada por la reina doña Isabel, recorriendo el *reservado* en unas "charrèttes" tiradas por jacas enanas. No dejaban de pasar al edificio que tan simpáticamente reproducía la casa del Rico y la del Pobre en sus dos plantas. Nada más entrar se encontraban en una muy humilde cocina, entre pucheros, sartenes y otros útiles de cocina y, frente al fuego, una aldeana de cera hilaba su interminable rueca. Cerca de ella un niño dormía en la cuna y cada cierto tiempo se incorporaba con un resorte, entonces su madre dejaba de hilar y mecía la cuna. Tras una cortina mugrienta, un triste aposento donde descansaba un viejo enfermo con su gorro de dormir y un cacillo de agua cerca de su mano. La colcha y la ropa olían a humedad. Deseosos de salir de allí, una escalera estrecha nos ofrecía la otra cara de la moneda. Un salón estilo oriental tapizado de damasco amarillo y adornado con tallas de oro brillaba al abrirse las ventanas y devolvía a los visitantes al placentero Parque. Aún conocí yo esta casa y a su guarda que nos acompañaba en la visita mientras hacía mover los resortes de las figuras. Pero todo este espacio que se ve aquí ya había pasado a formar parte del ensanche urbano y lo que era centro del Retiro se convirtió en la calle Alfonso XII y una malla de calles había surgido estrechando los límites del Parque.



Ayuntamiento de Madrid

Era bonito Madrid desde la torre de Santa Cruz. Todo se veía por debajo, tejados rojos y desiguales hasta donde se iba difuminando la ciudad con casitas pequeñas, cada vez más separadas unas de otras.

Pero a mí me gustaba mirar más cerca, a la torre del reloj de Gobernación. ¡Me parecía tan curioso verla desde arriba!. Con la cantidad de veces que había tenido que levantar la vista para saber si llegaba tarde al teatro o a una cita o, incluso, al nuevo año.

Recuerdo que a principios de siglo, hubo una época en la que se averiaba muchas veces. Un día de aquellos años, paseando por allí vi un corro de gente parado frente a la puerta de Gobernación. En medio, un hombre recitaba con mucha gracia:

—“Este reló tan fatal
que hay en la Puerta del Sol
—dijo a un turco un español—
¿por qué anda siempre tan mal?
El turco con desparpajo,
contestó cual perro viejo:
—Este reló es el espejo
del gobierno que hay debajo”

Los que le escuchaban se reían con ganas, yo también, pero mirando de reojo, pues pensé que no tardarían en llegar los guardias. Luego vi a un par de ellos que comentaban la anécdota, con mucho jolgorio, pero en voz baja, a unos compañeros a la vuelta de la esquina de Carretas.



VISTA DE MADRID DESDE LA TORRE DE SANTA CRUZ.

Atalaya de la Corte era llamada la antigua torre de la Parroquia de Santa Cruz que se alzaba no lejos de la iglesia actual, y con más motivo pudiera llevar su nombre la moderna torre, el más alto de los edificios de Madrid hasta la reciente construcción de la casa de la Compañía Telefónica.

Mirando hacia el Noroeste se halla tomada la presente vista, en la que se domina la Puerta del Sol, atisbándose los dos patios del Ministerio de la Gobernación y encabezando la divisoria de ellos la famosa torrecilla del reloj celebre, regulador de la hora de los madrileños. Poco más allá el Ministerio de Hacienda ostenta la masa de su macizo paralelogramo severo en sus líneas neoclásicas.

Turres y cúpulas las de San Luis, en la calle de la Montera; de San Luis de los Franceses, en la calle de las Tres Cruces; de las Calatravas y de San José, en la calle de Alcalá, como más visibles en el dilatado panorama, quedan empuerbecidas ante los modernos palacios de dimensiones excesivas.

Al lado de las Calatravas y restando gallardía a su gracioso domo se eleva el prisma de cemento de unas oficinas de Seguros, destacándose a la derecha y a la izquierda de la fotografía el palacio del Circulo de Bellas Artes y la casa de la Telefónica muestran osadías arquitectónicas del nuevo Madrid, que ha roto la armonía de la calle de Alcalá y finge una acrópolis en la Red de San Luis.

En esta calle de Atocha, vivió y murió Jacinto Benavente, por aquí, cerquita ya de la plaza de Santa Cruz, en el centro literario y *café* de Madrid, cerca del "Pombo", "El Gato Negro" y El Ateneo.

La calle de Atocha, siempre muy animada, dividía *los barrios* bajos del Madrid céntrico y era, ante todo, una calle comercial.

Bajo la mirada atenta de la nueva torre de Santa Cruz, la más alta de Madrid por muchos años, esta calle veía pasar todos los días de la semana, por la mañana a las mujeres que bajaban hacia el mercado de la Cebada y, por las tardes, a los que se dirigían a los cafés y las tabernas de los alrededores de Sol a su tertulia o, simplemente, a *echar unos vinos*. Los fines de semana, muchos venían a la misa de 12 en Santa Cruz después de dar un paseito por el Rastro.

Todo eso vio también don Jacinto a quien siempre le gustó la zona, pues, desde su nacimiento hasta su muerte, nunca anduvo muy lejos de la calle de Atocha.



Madrid - Calle de Atocha

F. Z. 10100

Ayuntamiento de Madrid

La Iglesia de San Sebastián guarda en su interior una bella historia que nos recuerda que nos hallamos en el barrio de los cómicos. Me gustaba ir a visitar la imagen de la Virgen de la Novena, patrona de la Cofradía del Gremio de Representantes. Cuenta la leyenda que una joven criada tullida, a causa de un mal parto, mendigaba por las calles de este barrio en la época de los grandes dramaturgos. Un día decidió comenzar una novena a la Virgen del Silencio, cuya imagen se veneraba en un nicho de la calle de Santa María. El último día se quedó dormida al pie de la imagen. Cuando despertó se había recuperado completamente y, muy pronto, otros creyentes mejoraron su salud. Tan milagrosa resultó la Imagen que la calle se llenó de enfermos y la fachada de exvotos. Los vecinos del barrio solicitaron que la Imagen fuera trasladada a la parroquia de San Sebastián y comenzó a llamársele Virgen de la Novena.



Ayuntamiento de Madrid

Viniendo de la calle Atocha no podía dejar de mirar la hora del reloj de Canseco que en la esquina de la plaza del Ángel era conocido de todos. Desde esta plaza, donde antes estuvo una pintura del Ángel de la Guarda y en la antigua casa de los condes de Teba, se oían sonar las campanas del reloj, mañana, tarde y noche. Se veían desde el escaparate las extrañas figuras de chinos de tamaño natural que, tirando de unos cordones, hacían sonar timbres o campanas. Como un crío me quedaba embelesado mirando el artilugio y sólo una voz muy familiar me podía hacer despegar la vista del cristal: “¿Unos churritos?, ¡Qué queman!”



Ayuntamiento de Madrid

No puedo ver la iglesia de San Sebastián sin recordar la romántica y triste historia de José Cadalso. Ocurrió hace muchos años, pero aún seguía circulando por Madrid. A mí me la contó la vieja portera de mi casa, a quien, según me dijo, le había llegado a través de su abuela, pues, parece ser que, en ese tiempo, aún corría de boca en boca y de café en café la historia que, poco a poco, se fue convirtiendo en leyenda.

Los hechos no pueden ser más románticos: un joven escritor apreciado y que va cobrando fama, se enamora de María Ignacia, conocida como "la divina", una actriz muy admirada en Madrid y en pleno apogeo artístico. Ella le corresponde y quiere casarse con él. Hasta aquí todo bien, el camino parece fácil para la joven pareja, pero, de repente, María Ignacia se pone enferma y, en pocos días, muere.

El escritor no lo puede creer y vive momentos de auténtica locura. Se siente incapaz de aceptar su destino y el de su querida "filis", como la llamaba cariñosamente el poeta en sus versos. Tal es su dolor que la misma noche del entierro, vuelve a la iglesia de San Sebastián para desenterrarla y llevársela, aunque no consigue su propósito, pues los guardias oyen el ruido de los picos y le detienen.

Toda una leyenda para este viejo rincón.



79 MADRID — Iglesia San Sebastián. — LL.

Ayuntamiento de Madrid

No me gustaba mucho la calle Carretas, esas tiendas de ortopedia y de instrumentos de cirujano me ponían nervioso. Siempre he sido muy aprensivo.

Pero, a pesar de esa manía mía, reconozco que era una de las calles con más vida en el Madrid de mi época. Recuerdo el juego de ruleta de la esquina de Sol, encima del Bar-Sol, donde se apostaba en las hojas de un trébol y una agujita marcaba quien ganaba, o las tabernas, como la de Sixto, una de las más conocidas de la ciudad, o la Fonda de Castilla, donde se alojaban muchos toreros que, de noche, hacían una escapadita hasta el Teatro Romea, famoso por sus *revistas*. A la izquierda, según subías, estaba el Bazar Unión Mercantil, prolongación del Bazar X, donde atendían señoritas y se podía encontrar casi de todo: bisutería, perfumes, juguetes o artículos de viaje.

Por esta calle subía todos los días Ramón y Cajal —aquí, don Santiago— hacia la librería médica de don Nicolás Moya y, todos los sábados, Ramón Gómez de la Serna hacia el café del Pombo, a la *sagrada cripta del Pombo*, por donde pasaron las más importantes figuras de la época.



Ayuntamiento de Madrid

JUSTIFICACIÓN DE LA OBRA

Postales Antiguas de Madrid se ha realizado según proyecto e idea de Ediciones La Librería tomando como elementos esenciales por un lado las propias postales, selección del fondo que posee el Museo Municipal y por otro los textos que acompañan a cada postal. Reyes García y Ana María Écija, autoras de *Leyendas de Madrid*, han pretendido con este texto, más que el frío comentario histórico, una sugerencia, una evocación, un guiño y una invitación para que el lector y espectador de la obra se sumerja en las imágenes y este "texto-lazarillo" le haga vivir realmente aquel Madrid de antaño.

El Tomo IV, apéndice de la obra, ha sido elaborado por el propio Museo Municipal realizando un gran esfuerzo de trabajo e ilusión para completar la información que *Postales Antiguas de Madrid* ofrece al público.

Ediciones La Librería agradece sinceramente su participación y su trabajo a todas las personas que han colaborado en este proyecto sin las cuales éste no se hubiera convertido en el libro que tiene en sus manos.

SEPTIEMBRE DE 1999

1ª Edición 1994

2ª Edición 1999

© 1999, Museo Municipal de Madrid

© 1999, Ediciones La Librería

C/ Mayor, 80

28013 - Madrid

Teléf: 91 541 71 70

Fax: 91 559 42 49

E-mail: lalibren@iponet.es

MUSEO MUNICIPAL

DIRECCIÓN: Carmen Priego Fernández del Campo

CATÁLOGO: Eduardo Alaminos López

Jefe de la División de Colecciones

Purificación Nájera Colino

Salvador Quero Castro

Petra Vega Herranz

EDICIÓN:

DIRECCIÓN EDITORIAL: Miguel Tébar Pérez

PRODUCCIÓN: Purificación Portero y Graciela Riobó

REPRODUCCIÓN FOTOGRÁFICA

DE ORIGINALES: Fernando Gutiérrez

TEXTOS: Reyes García y Ana María Écija

MAQUETACIÓN Y DISEÑO: Equipo de Diseño de Ediciones La Librería

FOTOMECÁNICA: Logical Page

IMPRESIÓN: Gaez

ENCUADERNACIÓN: Gujardo

I.S.B.N. Obra Completa: 84-87290-72-8

I.S.B.N. Tomo II: 84-87290-75-2

Depósito Legal: M.36440-1999

Está prohibida la reproducción o almacenamiento total o parcial del libro por cualquier medio: fotográfico, mecánico, reprográfico, óptico, magnético o electrónico sin la autorización expresa y por escrito del propietario del copyright. Ley de la Propiedad Intelectual (22/1987).

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid



EDICIONES LA LIBRERÍA

Ayuntamiento de Madrid